

# SERMONES

PREDICADOS EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE

VILAFRANCA DE LOS BARROS

EN LOS AÑOS DE 1870 A 73,

POR

**DON FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,**

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA,  
LICENCIADO EN AMBOS DERECHOS Y DIGNIDAD DE  
ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL  
DE BADAJOZ,

en los solemnes cultos que á San Antonio de Padua consagran anual-  
mente el Sr. D. Fernando de Jaraquemada y Gutierrez y su Esposa  
la Sra. Doña María de la Concepcion Vaca y Brito.

---

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

BADAJOZ.

IMPRESA DE JOSÉ SANTAMARÍA Y NAVARRO.  
PLAZUELA DE LA SOLEDAD.

1874.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

1995

THE HISTORY OF THE UNIVERSE

The history of the universe is a story of expansion and cooling. It begins with the Big Bang, a rapid expansion from a hot, dense state. As the universe expands, it cools, and matter and radiation decouple. The universe then enters a period of slow expansion, during which galaxies and galaxy clusters form. The universe continues to expand and cool, and eventually reaches a state of maximum entropy.

APPENDIX

THE HISTORY OF THE UNIVERSE

1995

R. 12331

SERMONES

PREDICADOS EN

VILLAFRANCA DE LOS BARROS

EN LOS AÑOS DE 1870 A 74.

POR

DON FRANCISCO SANCHEZ JOABEZ.

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA,  
LICENCIADO EN AMBOS BRANCHES Y DIGNIDAD DE  
ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL  
DE BADAJOZ,

en los solemnes cultos que á San Antonio de Padua consagran anual-  
mente el Sr. D. Fernando de Jaraquemada y Guiterrez y su esposa  
la Sra. Doña Maria de la Concepcion Vaca y Brito.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

BADAJOZ.

IMPRESA DE JOSE SANTAMARIA Y NAVARRO.  
PLAZUELA DE LA SOLEDAD.

1874

1311005010 / 868779  
8401494434

recall



F8400004693485

# SERMONES

PREDICADOS EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE

VILAFRANCA DE LOS BARROS

EN LOS AÑOS DE 1870 A 73,

POR

**DON FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,**

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA,  
LICENCIADO EN AMBOS DERECHOS Y DIGNIDAD DE  
ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL  
DE BADAJOZ,

en los solemnes cultos que á San Antonio de Padua consagran anualmente el Sr. D. Fernando de Jaraquemada y Gutierrez y su Esposa la Sra. Doña María de la Concepcion Vaca y Brito.

---

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

BADAJOZ.

IMPRENTA DE JOSÉ SANTAMARÍA Y NAVARRO.  
PLAZUELA DE LA SOLEDAD.

1874.

SEXTIMOS

PREDICADOS EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE

VILLANUEVA DE LOS BARROS

EN LOS AÑOS DE 1870 A 72

POR

DON FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA,

ENCARGADO EN AMBOS DEBERCHOS Y DIGNIDAD DE

ARMIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE BAYONA,

en los solemnizados que a San Antonio de Padua consagró anualmente el Sr. D. Fernando de Laspesa y Gaiteriz y su esposa Doña María de la Concepción Yca y Brito.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD RELIGIOSA

BAYONA

IMPRENTA DE JOSÉ SANTAMARÍA Y REYERRE

PLAZA DE LA ESCUELA

1874

## Á MI QUERIDO HERMANO RICARDO,

OFICIAL DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

Tú sabes bien, amado hermano mio, las causas que me obligan á ir dando á luz algunos de mis Sermones, por mas que carezcan absolutamente de mérito. La injusticia de nuestros Gobiernos ha lanzado al clero español en el camino de la indigencia; y el único recurso con que yo contaba, la limosna de la predicacion, ha llegado á faltarme á consecuencia de una afeccion de garganta contraida en el laborioso ejercicio de este sagrado ministerio. Eres, pues, hoy el único sosten de nuestra anciana Madre y nuestras cariñosas hermanas; y yo quiero probar á ayudarte, segun que lo consientan mis fuerzas, en el logro de tus generosas intenciones. En cuanto á la preferencia que doy á los Sermones de San Antonio de Padua, publicándolos los primeros, acaso has adivinado ya los motivos. Antonio se llamaba nuestro buen Padre, (Q. E. P. D.) cuya reciente pérdida lloramos, y he creido así pagar un pronto tributo de afecto y veneracion á su memoria. La piadosa y respetable familia que bondadosamente me invitaba á pronunciar estos discursos ha prodigado en tal manera á la nuestra sus favores, que yo anhelaba consignar públicamente para ella una palabra de eterna gratitud. Y, por último, siendo San Antonio de Padua un mediador tan poderoso para con el cielo, á él hemos acudido en nuestra casa, con toda la confianza que presta á los corazones católicos su fé, para que alcance del Señor la gracia de conservar tu vida en medio de los continuos peligros á que tu honrosa profesion te espone.

Adios; te envía un abrazo tiernisimo tu hermano

*El Autor.*

A estos sermones no se les ha llamado PANEGIRICOS, porque no se ajustan rigurosamente á las reglas que para esta clase de composiciones prescriben los Maestros de Oratoria Sagrada. Demandaba con tal urgencia un antidoto la funesta propaganda de errores religiosos y sociales hecha, durante el último período revolucionario, en los mas importantes pueblos de Extremadura, que el Autor de estos discursos, escuchando el consejo de personas respetables, se creyó en el deber imprescindible de dar cabida en ellos, bajo ciertas formas, á las enseñanzas que contienen.

## SERMON PRIMERO.

*Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

Consumado en breve, llenó muchos tiempos.

SAPIENT, CAP. IV. VERS. 13.

### HERMANOS MIOS:

La sabiduría de Dios es la luz inextinguible que esclarece la inteligencia del hombre, y el amor divino el tesoro inagotable que enriquece su corazón. No hay ciencia sana si no se adquiere bajo los eternos resplandores de la Suma Verdad, ni amor fecundo si no se forma en las santas inspiraciones del Sumo Bien. Por esto, todas las generaciones elegidas, todos los corazones privilegiados que aprendieron los grandes secretos de la vida del alma en aquellos atributos de la Divinidad, fueron para las sociedades como una bendición del cielo: y nosotros no celebramos solamente sus triunfos y les llevamos nuestros homenajes por sus heroicas acciones, ni por la eternidad de su recompensa; sino también porque desde la altura alumbran el camino de

nuestra existencia, siendo para el hombre y para los pueblos ejemplo perpétuo de perfeccion; modelos bienhechores que convidan á buscar la verdad bajo el amparo de la fé y á realizar las mas altas glorias con el auxilio de la virtud; seres, en fin, predestinados y benditos, cuya memoria vá elevando incesantemente al alma cristiana hácia el bello ideal de la verdadera grandeza.

Un ser extraordinario, Señores, cuyo glorioso nombre ha sido inmortalizado por el amor y la gratitud de la Iglesia Católica y cuyos hechos venimos á recordar en este dia, es el que ha puesto en mi mente tan religiosas consideraciones, y quien nos va á ofrecer hoy la enseñanza saludable de aquellas fecundísimas virtudes. Ese hombre—lo habreis ya adivinado—es *Antonio de Pádua*.

¡Antonio de Pádua! Nombre dulcísimo que, al pronunciarlo, parece como que purifica los lábios y santifica el corazon: nombre que hoy se aclama con entusiasmo santo en todo el Universo católico y que los espacios repiten con santa melodía! ¡Antonio de Pádua! Varon insigne, que solo quiere ser la flor modesta de los campos, y es el árbol gigantesco que abraza al mundo con sus ramas y lo perfuma con sus delicados olores; hombre prodigioso que brilla como un astro de primera magnitud en el hermoso cielo de la Iglesia, y que á fuerza de estudio, de santidad y de amor á Dios, supo arrancar á la naturaleza sus secretos, á la gracia sus maravillas y al cielo una de sus mas ricas y preciosas coronas!

La existencia de Antonio de Pádua fué, á no dudarlo, un objeto especial de los designios providenciales en el décimo-tercio siglo: siglo de falsa ciencia, que Antonio condena con su saber; siglo de aparente virtud, que Antonio confunde con su abnegacion; siglo de so-

berbia, que Antonio abate con su palabra; siglo de luchas, que Antonio aplaca con la suavidad de su espíritu; siglo, en resumen, en el que disfrazándose los errores y los odios con la máscara de halagadoras aspiraciones, de simulados desprendimientos, de acciones hipócritas y de reparaciones mentidas, la vida prodigiosa de Antonio de Pádua vino á difundir por todas partes los resplandores vivísimos de la humildad y de la caridad verdaderas, que tan eficazmente habian de contribuir á la restauracion de aquellas generaciones. Y como en nuestro siglo, Señores, tambien la razon humana se gasta en elucubraciones orgullosas y se pierde en ideales quiméricos; como el corazon, ávido é insaciable de intereses y de goces mundanos, se agita con todas las ambiciones y se degrada con todos los egoismos, hé aquí por qué me he fijado en aquellas dos singulares virtudes del santo que veneramos, y al cual pueden aplicarse las inspiradas palabras con que el Libro de la Sabiduría describe la temprana muerte del justo: «consumado en breve, él llenó muchos tiempos.» *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

*Veamos, pues, cómo en la imitacion de la humildad y de la caridad de Antonio de Pádua pueden los hombres de nuestras sociedades aprender los secretos de su engrandecimiento y de su dicha.*

Ocupando yo por vez primera esta sagrada cátedra, donde aún resonarán para vosotros los ecos de mas de una voz conmovedora y elocuente, me acojo desde luego á la sombra de vuestra indulgencia. Bien quisiera penetrar con todas las galas de la imaginacion, al par que con la solidez del raciocinio, en el fondo del pensamiento que he indicado; dar vida y proporciones justas á las ideas y los hechos culminantes, y dejaros, ayudado de la gracia, una leccion provechosa que os bastase

para alcanzar vuestra ventura. Y si sabemos que todo don perfecto descende de los cielos, imploremos el auxilio del Padre de las luces por la mediacion de la celestial María, á la que saludaremos, diciéndola con Gabriel: *Ave gratia plena*, etc.

### PRIMERA PARTE.

Antonio de Pádua apareció sobre las sociedades en uno de los más célebres periodos de la historia; y en verdad que se necesitaba tener muy elevada talla para haberse hecho un lugar tan eminente en aquellos dos siglos, el duodécimo que concluía y el que había de sucederle, tan fecundos ámbos en grandes génios y en notables acontecimientos.

Porque eran, Señores, los siglos de las cruzadas, empresa generosa y sublime que salvó al Occidente y allanó el paso á la civilizacion europea: los siglos en que vivieron Inocencio III, Pontífice ilustre que llevó á su cúspide el poder de la tiara, y Gregorio IX, aquel Papa de alma noble y de espíritu recto que imponía por su constancia á los Emperadores y hacia compilar las famosas Decretales: los siglos en que San Bernardo había triunfado de Abelardo, y Santo Tomás de Aquino componía su renombrada *Suma*, y Alberto el Grande y San Buenaventura pasmaban al orbe con sus escritos y con sus virtudes: siglos en que Pedro de Nolasco, imitando á Juan de Mata y á Félix de Valois, instituíla la Redencion de cautivos, órden bendecida de la humanidad, y que había de dar un día tanta gloria á la literatura española rompiendo los grillos de Cervantes. Era aquella la época especialmente señalada para nuestra pátria,

que daba á la Francia, en cambio de Pedro de Nolasco, á Domingo de Guzman; época en que el Imperio del Almohade, quebrantado en las Navas de Tolosa, terminaba con la conquista de Sevilla; época en que reinaron sobre la España Fernando el Santo y Jaime I de Aragón, niños ambos al ceñir la corona, ámbos guerreros, ámbos legisladores: época en que Alfonso X había de asombrar al mundo con el Código mas celebre de los Siglos Medios, y en la que florecieron Lucas de Tuy y Jimenez de Toledo, y se establecía la Universidad de Salamanca, y se escribía *El poema del Cid*, primeros fulgores de nuestras glorias literarias: época en que se edificaron las Catedrales de Toledo y de Búrgos, maravillas del Arte cristiano; época, en fin, en que Alhamar levantaba la Alhambra Granadina, suntuoso palacio que compendia la religión y las costumbres del Árabe, y hoy severo testigo de nuestros antiguos triunfos y nuestras pasadas grandezas.

Ahora bien: entre tantos nombres egrejos, entre tantas inmarcesibles glorias, todavía se distingue, y aun pudiéramos afirmar que sobresale, la colosal figura del hijo afortunado de Martín de Bulloens y de María de Tavera; del hombre incomparable que, siendo por su sangre descendiente de Príncipes y pudiendo aspirar á todas las elevaciones humanas, solo buscó y amó los caminos de la verdad y los atractivos del bien, hasta llegar á ser por la fuerza de su virtud y por el poder de sus obras el Taumaturgo inolvidable de su tiempo.

Antonio nació en Lisboa y había de llamarse *de Pádua*, dos bellos pueblos entre los cuales gira su portentosa existencia, y que parecé como que quisieron coronar con toda su fama y su poesia la gloria de aquél héroe. Lisboa, la *Olissipo* de los Fenicios, la *Felicitas Julia* de los Romanos, el anfiteatro de las siete colinas,

la de tantas victorias ganadas contra los hijos de la Media Luna, la de los Templos góticos y las ricas bibliotecas, Lisboa, repito, comunicaba al Atlántico la nueva feliz del nacimiento de Antonio, mientras que las montañas y los frondosos bosques de Cintra, traian hasta su cuna sus frescas áuras y sus delicados aromas. Pádua, la patria de Tito Livio, la de aquella renombrada Universidad que fundó Carlomagno y produjo al Petrarca y á Galileo, la de las bellas pinturas, la de la pintoresca plaza *Il Prato*, habia de llevar tambien por el Bachelione y el Brenta al Adriático la fama de una santidad que la naturaleza entera proclamaria muchas veces con su misterioso lenguaje.

Ya que no pueda hoy narraros con minuciosos detalles la historia de Antonio de Pádua, tan generalmente conocida y tan admirada de las almas piadosas, quiero, sí, haceros ver que aquel corazon tan grande, que supo practicar todas las virtudes cristianas, se distinguió mas especialmente en algunas de ellas; asemejándose á esos pajarillos que se posan sobre todos los árboles y vuelan sobre todas las plantas, y, sin embargo, escogen unas con preferencia á otras para formar su nido. Examine-mos primeramente aquella prodigiosa humildad que acierta á coexistir con la mas profunda ciencia; contemplaremos despues aquella caridad singular que se hermana con el mas ardiente zelo, y brindemos siempre con las puras enseñanzas que de ambas virtudes se desprenden á los hombres orgullosos de las sociedades modernas.

Cuando queremos recorrer los primeros dias de la vida de Antonio de Pádua, nunca en ellos logramos divisar al niño; el niño es ya el Santo. Los juegos inocentes no ponen manecilla en el espíritu de los pequeñuelos; pero Antonio ni aun ha querido detenerse á disfru-

tar esos sencillos goces. La voz de las pasiones, que tanto agita nuestro sér en los caminos de la adolescencia, no resonó en su corazon. Los vicios, que parecen concertarse para marchitar la juventud, vieron de lejos su alma candorosa, y no se atrevieron á acercarse á ella.

En vano la sociedad se esforzaba en presentarse á Antonio de Pádua con todos sus encantos y sus engañadoras ilusiones: él habia ya aprendido, para no olvidarlo nunca, que la virtud es de más subido precio que todas las grandezas de la tierra. Y comprendiendo á la vez que es muy difícil empresa conservar la humildad del espíritu en el ráudo torbellino de los espectáculos del mundo, Antonio corrió á buscar un asilo en la soledad de los cláustros. Acaso en las lecturas de su infancia conoció ya estas bellisimas palabras de San Ambrosio:—«No busquemos en manera alguna á Jesucristo »donde no podemos encontrarle; porque Jesucristo es »paz, justicia, caridad y fé, y en el mundo está la lid, »la iniquidad, la murmuración y la calumnia, el fraude »y la perfidia.»—Dispensadme, Señores, que yo cite con toda su extensión y su gracia el texto latino de este magnífico pasaje: *Non in foro, non in plateis Christus reperitur; nequaquam igitur quæramus Christum ubi invenire non possumus. Christus enim est pax; in foro lites: Christus justitia est; in foro iniquitas: Ghristus charitas est; in foro obtrectatio: Christus fides est; in foro fraus et perfidia: Christus in Ecclesia est; in foro idola.* (1)

Antonio halló, en efecto, en la soledad del Monasterio lo que tanto anhelaba; una participacion mas frecuente, mas inmediata, mas intima de la vida y del amor de Jesús; el deleite suavísimo de aquel maravillo-

(1) Lib. de Is. et anim.

so contraste que tan bien habia explicado San Bernardo, diciendo:—«Nunca estoy ménos sólo que cuando estoy »sólo. Cuando estoy sólo está mi Dios conmigo; cuando »no estoy sólo, conmigo no están sino los hombres.—»

(1) Y á la vez que Antonio nutria así abundantísimamente su corazón de la plenitud de la gracia de Cristo, se le veía ir llenando su clara inteligencia de la plenitud de la verdad del Verbo. ¡Oh! ¡Cuán sólidos fundamentos son, Señores, el retiro y la oración para basar sobre ellos el hermoso edificio de la ciencia!

Antonio de Pádua no se apartó jamás de la senda bienhechora que debía conducirle á la verdadera sabiduría. Él estudiaba la naturaleza mirando siempre al cielo; él profundizaba en la ciencia de Dios, orando siempre á Dios. Antonio sólo se proponía alcanzar aquella ciencia sobria que menciona San Pablo (2), teniendo muy presentes estas frases memorables de un gran Santo, á cuyo Instituto perteneció algun tiempo:—«El primer camino para la verdad—escribía el sábio Obispo »de Hipona á Dióscoro, — es la humildad; el segundo es »la humildad; el tercero es la humildad; y cuantas veces me preguntares, te daré igual respuesta.» *Quoties interrogares, hoc dicerem* (3). Deseaba, por tanto, Antonio ver deslizarse su existencia ignorado de las gentes; pero no lograría reservar por mucho tiempo el secreto de su mérito entre el cielo y su corazón, y estaba cercano el día en que habían de brillar en torno de sus sienes mil aureolas de honor inmarcesible.

Hacia por entónces dos siglos que se notaba en la Europa aquel movimiento intelectual que produjo las heregias escolásticas, cuyos mas conocidos gefes fueron

(1) De interior. dom.

(2) Rom. XII. 3.

(3) Epist. 113. n. 22.

Berenger de Tours, Amaury de Chartres, David de Dinant, Gilberto de la Porée, Roscelin y Abelardo; errores victoriosamente combatidos por el Venerable Lanfranc, Anselmo de Cantorbery, Hildeberto de Tours, Pedro de Cluni, Ricardo de San Victor, Bernardo de Clairvaux y Tomás de Aquino. Y en estos triunfos de la verdad sobre el error había de corresponder á Antonio de Pádua una parte muy principal y decisiva. Antonio había dilatado constantemente con el estudio y la meditación la vida de su talento, y adelantó de un modo extraordinario en las ciencias; pero era tal su humildad, que cuando despues de muchos años quiso cambiar de Instituto, consiguió pasar, desconocido y casi conceptuado inútil para las tareas literarias. Esa virtud, Católicos, había de ser, á pesar suyo, y cumpliéndose la expresion de los Proverbios, «precursora de su gloria.» (1) La humildad de Antonio se encontró de frente un día con su obediencia, y tuvo que dividir con ella su prestigio y su imperio. Ante el inesperado mandato de sus superiores brilla la luz del genio delante de los sábios, y Antonio aparece de improviso erudito como Gerónimo, profundo como Agustin, elocuente como Crisóstomo; figurando desde luego en las Escuelas como el digno rival, si así puede decirse, de un contemporáneo y compañero suyo, el doctísimo Alejandro de Hales. (2) Habiase, pues, realizado en Antonio aquella hermosa sentencia de la Escritura: *El corazon del sábio enseñará á su boca.* (3)

Desde entonces, la sabiduria de Antonio de Pádua es ya la *lucerna inextinguible que arde con reful-*

(1) XV. 53.

(2) Los críticos han disputado sobre cuál de los dos dió las primeras lecciones de Teología.

(3) Proverb. XVI. 23.

*gente luz sobre el candelabro santo.* (1) Donde quiera que se levante el error, allí acudirá Antonio para ser el martillo perpétuo de la heregia, *malleus hæreticorum*, como le llamaron tan graciosa y adecuadamente sus contemporáneos. Allí donde se intente relajar el espíritu de la Orden de Francisco de Asís, estará asimismo Antonio de Pádua, que modesto y humilde en medio de su inspiracion y de su celo, hará conservar en toda su integridad y su pureza las Reglas de su admirable Instituto.

Y como los destellos de la verdadera sabiduría y de la santa virtud son capaces de iluminar mil mundos, el renombre de Antonio de Pádua vuela muy mas allá del recinto en que mora y de la nacion que le produce. Gregorio IX le llama, y Roma le respeta y admira. El sábio y virtuoso Pontífice no ha podido menos que exclamar de esta manera: *En verdad que este varon de Dios es Arca viva del Sagrado Testamento.*

Hé aquí, mis amados hermanos, delineado ya, en el rápido exámen de algunos hechos de la vida de Antonio de Pádua, el carácter de la verdadera humildad; de esa rara virtud que todo lo embellece, todo lo dignifica, y que ejerce en derredor tal influencia y atractivo que logra seducir á todos los corazones delicados; virtud que, sabiendo revelarse en mil manifestaciones diversas, presenta frecuentemente al lado de la modestia, de la tolerancia, del respeto que interesan y conmueven, rasgos de celo y de energía que admiran, chispas de misteriosa fuerza que atraen y que sojuzgan; virtud, en suma, que hace bajar á cada instante la vista del cristiano hasta lo mas profundo de la flaqueza humana, elevan-

(4) Eccli. XXVI. 22.

do á la vez las miradas de su espíritu, de grado en grado y de resplandor en resplandor, hasta las altísimas miradas de la luz eterna. Y este contraste verdaderamente magnífico y sobrenatural—notadlo bien, señores—únicamente lo vemos realizarse en las armonías de la doctrina católica.

Si; solo el Catolicismo sabe conducir al hombre por entre dos líneas paralelas, que le llevan de una manera infalible á la dulce realidad de su fin. En una de esas líneas le muestra su grandeza; en la otra su pequeñez: dale á entender en aquella todas sus excelencias; en esta le descubre toda su debilidad. No le desdeña nunca; pero nunca le ensoberbece: no le ensalza á peligrosas regiones; pero no le arroja á profundidades sombrías. Así el hombre cristiano, conociendo el secreto de su fuerza y el origen de sus miserias, tiene fijo siempre su pensamiento en el cielo y su espíritu en el Señor; y su inteligencia, dejándose guiar humildemente de la fé, no pierde nunca la luz radiante de la verdadera sabiduría.

No procede así, por cierto, la falsa filosofía de nuestros tiempos. Vosotros sabeis bien lo que hace el Racionalismo. ¡Ah! con una idea intenta levantar al hombre á incommensurables alturas, y con otra lo reduce á la impotencia de la nada: con un raciocinio pretende elevarlo hasta la divinidad, y con otro le hace caer en abismos insondables, dejándolo allí sumido en la desesperacion. Préciase el Racionalismo de investigar todas las verdades sin los auxilios de la Suma Verdad, incurriendo en la mas absurda de las contradicciones: contradiccion tan absurda como la de aquel que quisiera conservar la belleza de la flor, tronchando su tallo; como la de aquel que quisiera beber un agua cristalina, enturbiano el venero; como la de aquel que quisiera as-

pirar un aire saludable, cerrando la ventana que mira á los campos.

Y al lado del Racionalismo nos encontramos con el Panteísmo, que hace del hombre una planta incesantemente renovada con extrañas transformaciones, rayo pasajero de una sola luz que brilla con raras intermitencias, forma variable, en fin, de una sustancia única. Y en pos del Panteísmo viene el Materialismo, hijo monstruoso del instinto animal, grosera excitación de los sentidos, triste descomposición de todas las aspiraciones nobles de nuestro noble ser. Y en pos del Materialismo aparecen el Socialismo y el Comunismo, sus hijos predilectos, que invaden con rapidez aterradora nuestras sociedades, matando con las violencias de su ódio toda humildad, toda dulzura, todo amor, y pareciéndose al bandido que vive por el día en la montaña, y por la noche en la ciudad y la llanura, expiando la hora más oportuna de cometer el crimen.

Tal es, Católicos, el amargo fruto de la soberbia humana, cuyos funestos delirios en los últimos siglos han venido á producir lo que llamamos el espíritu moderno, en el cual se inspira esa civilización decantada que solo debe considerarse como una mera cultura, peligrosa ó esteril. ¡Oh! Jamás podré yo complacerme en un progreso que alumbre las ciudades y deje en tinieblas las inteligencias; que intente formar caminos en medio del espacio, y no sepa los caminos del corazón; que quiera unir los pueblos con barras de hierro, y separe los individuos por mares de egoísmo; que ponga en comunicación instantánea las naciones, y no sepa adunar su espíritu para encaminarlas hácia su verdadera dicha.

No, no es ese progreso material y mecánico el que ha de guiar á la humanidad hácia su bienestar y su ventura. Para que los individuos y las sociedades vayan ade-

lantando en la senda de su restauracion y su grandeza, se necesita algo más que el vapor, el gas y la electricidad; algo más que aquel solo pan de que nos habla la Escritura; (1) porque se necesita tambien de los auxilios del cielo; se necesita de aquella palabra sobrenatural que procede de la boca de Dios: (2) palabra que enseña al corazon á relacionarse por la verdad y el bien con otros corazones; palabra que dice al hombre que la dignidad de su sér proviene principalmente de las liberalidades de la gracia y de las hermosuras de la virtud; palabra, por último, que afirma la voluntad humana para que nunca se deje seducir por el amor desordenado de la propia excelencia, y que suele hacerla llegar hasta aquellas abnegaciones profundas del espíritu que forman el sublime de la humildad cristiana.

Volviendo ahora al exámen de la preciosa existencia de Antonio de Pádua, veremos cómo este varon insigne que llegó á atesorar con su humildad maravillosa tantas riquezas de santidad y sabiduria, enseñanza inapreciable para la inteligencia y el corazon del hombre, supo al par difundir su doctrina y su ejemplo, acompañándolos de todas las ternuras y las consolaciones de la caridad cristiana.

## SEGUNDA PARTE.

La caridad es una de las palabras mas sencillas y á la vez mas complejas del cristianismo; porque siendo una virtud de aplicacion infinita, ora se presenta miste-

(1) S. Matth. IV.

(2) Ibid.

riosa como el dogma, ora suspende y arrebató los sentidos como el culto. Con sus secretos de más precio forma un cielo en el corazón humano, que se une íntimamente con su Dios; y ese mismo corazón parece luego repartirse entre los hombres, llevando hacia ellos las corrientes clarísimas de un amor fecundo, donde se reflejan por especial manera Dios y el cielo. Ahora bien: bajo estos dos aspectos se contempla la virtud de la caridad en la vida de Antonio de Pádua.

La niñez y la adolescencia de Antonio fueron como un sueño dulcísimo dormido junto á la cruz de Jesucristo; y al despertar, su primera acción fué adorarla, y su primer deseo identificarse con ella. La Europa bendecía por entónces una Religión de amor que llevaba á todas partes la caridad de la palabra y la influencia irresistible del ejemplo; y Antonio que, desdeñando las riquezas y las dignidades, buscó desde luego la soledad para vivir con su Dios, quiso cambiar la Regla suave de los hijos de Agustín por la vida austera de los hijos de Francisco. La primera generación de la Religión Seráfica había ya dado á la Iglesia la sangre de cinco mártires, derramada sobre las costas inhospitalarias del Africa, y la Historia Eclesiástica ha perpetuado los nombres de Geminiano, Berardo, Oton, Ayuto y Acurso. El martirio es, sin duda, la cumbre altísima de la perfección Evangélica, puesto que es el ideal del amor en la vida cristiana; y Antonio, que aspiraba á ser perfecto, corrió en busca de la palma del mártir.

Debió el Mediterráneo acariciar con sus olas aquella nave que iba á emprender conquistas donde únicamente se podía derramar la sangre propia, y en la que solo se ambicionaban riquezas para el cielo. Para la imaginación cristiana, la arboladura de esa nave es la Cruz de Jesucristo, sus velas el tosco sayal del franciscano, las

áuras que la conducen el amor divino, su faro la fé del Evangelio, su áncora la esperanza cristiana, su empresa la salvacion de las almas. Pero la Providencia habia formado á Antonio de Pádua, lo mismo que formó á Francisco de Asís, para regenerar la Europa; y si el civilizado Arabe quiso respetar la existencia de este Fundador insigne, el feroz Africano no debia verter tampoco la sangre de uno de sus más esclarecidos discípulos. El soplo del Señor, agitando un dia las ondas de un mar tempestuoso, colocó á Antonio de Pádua sobre las costas de Sicilia.

La caridad del héroe se reviste entónces de otra forma activa y arrebatadora que asombra y embelesa; la caridad de la palabra. Habian surgido ya en Francia, atravesando á poco los Alpes, aquellos Valdenses ignorantes y fanáticos, que bajo una fingida humildad ocultaban abismos de soberbia, y cuya pobreza ni conmueve ni interesa, porque nunca interesarán ni conmoverán al mundo pobres que no lleven la cruz por símbolo y por mision la oliva de la paz. Y al lado de los Valdenses aparecian los Albigenses, precursores de los sectarios del libre exámen y que presagiaron ya al comunista moderno, quemando las cruces donde quiera que las hallaban, cometiendo todo linaje de excesos, y profesando un aborrecimiento tan profundo á la sociedad, que esta tuvo que adoptar medios para exterminarlos.

Antonio alzó su vista sobre aquellas generaciones corrompidas y ámenazadas, y llamó en su auxilio la gracia del Señor para indicarlás la senda de su rehabilitacion y su engrandecimiento. La cátedra del Evangelio se vió entónces ocupada por un hombre de Dios, cuyas palabras se clavaban como punzantes dardos en el corazon humano: parecia que Pablo Apóstol predicaba personalmente sus Cartas á los de Corinto y Tesalónica. Seguir

á Antonio en su predicacion es seguir un camino alfombrado de maravillas y de amores divinos. Cuando combate el vicio, su voz es el fragor de la tempestad que abate los corazones altivos; cuando describe la virtud, la dulzura de su acento se apodera suavemente del alma. Él es siempre aquel infatigable y digno operario del Evangelio que, muy lejos de envanecerse con sus triunfos y de contemporizar con el error, solo predica á Jesucristo Crucificado, ganando para Él las adoraciones del corazon y los homenajes de la inteligencia. ¡Gran Dios! Ministro yo tambien de tu palabra santa, haz que mis labios, como los labios de Antonio de Pádua, no se abran nunca sino para anunciar cosas rectas! ¡Haz que yo tenga siempre presente ante mi vista aquel dia memorable en que esa palabra me fué confiada, para no profanar jamás el augusto ministerio de que me has revestido!

La caridad y el celo de Antonio no reconocen limites. Él instituye conventos, los reforma, los preside. Él va, viene, vuelve, retorna. Italia, Francia, Italia y Francia de nuevo; Montpellier, Arlés, Tolosa, Forli, Faenza, Rimini, Pádua, Bolonia, Florencia, Roma, Ferrara, Leontino; montes, rios, mares, llanuras, el espacio; todo lo llena Antonio, todo lo purifica, todo lo inunda de santas enseñanzas y de innumerables beneficios.

Mirad: ¿veis esa multitud de enfermos que van hácia el modesto recinto en donde Antonio habita? Contempladlos al volver y les hallareis curados de todas sus dolencias. ¿Veis al feroz Ezzelinó III, el tirano de Pádua, de Verona, de Mantua y de Brescia? El se prosterna humillado ante la santidad de Antonio, y hace cesar los arroyos de sangre inocente que derramaba. ¿Veis esas hordas de bandidos que recorren la Italia, ébrios de horrores y de crímenes? Ellos servirán muy

pronto, merced á la palabra inspirada y fervorosa del héroe, para llenar los cláustros y moralizar las poblaciones. ¿Sentís ese rumor dulcísimo y observais el resplandor suave que sale de la estancia de Antonio de Pádua? Abrid por el *resquicio*, (1) como el Esposo del *Cantar de los Cantares*, y vereis á Jesucristo que en forma de hermosísimo niño viene á departir con él tiernamente, colmando su corazón de las mas inefables delicias.

¡Hombre extraordinario! Ni mi mente ni mi imaginación pueden sostener por mas tiempo el peso de tus glorias. La gracia del Señor moró en tu espíritu, como en misterioso tabernáculo; y yo solo he podido vislumbrar en algun tanto su inmenso poderío por los rayos de luz que han atravesado los siglos, por las santas alabanzas que te elevan todas las almas piadosas y por los cánticos de eterna gratitud de tantos afortunados corazones á quienes prodigaste tu protección y tus bondades!

«No se corrompa esa mano jamás,» decia un Venerable Obispo á un Rey que cedia las riquezas de su Palacio para socorrer á los pobres. No debía corromperse tampoco la lengua de Antonio de Pádua, que repartió tantas venturas por el mundo; y muchos años despues de haberse terminado prematuramente aquella vida, cuyo último suspiro fué un Himno consagrado á la Santísima Virgen, otro hijo ilustre de la misma Orden, santo tambien y sábio, San Buenaventura, encontró fresca y como viva aquella lengua bendita, sobre la cual pronunció estas sentidas frases: «¡Oh bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios y en hacer que otros le alabasen: tu incorrupcion está mostrando cuán agradable le fuiste!»

(1) Cant. Cantic. V. 4.

Decidme ahora, Católicos, si el estudio de la vida de Antonio de Pádua, vida iluminada por todas las luces de la caridad, no debe ser altamente edificante para unas sociedades combatidas por el ódio y devoradas por el egoismo !Oh! En la meditacion de esa dulce existencia debieran venir á recoger alguna chispa de aquella virtud divina los hombres de nuestro tiempo, tan profundamente divididos por ideas y por intereses mundanos. En aquel generoso desprendimiento, en aquella pobreza voluntaria de Antonio debieran inspirarse tantas inteligencias y tantos corazones, que arrastrados por el vértigo de un progreso material é ilegítimo y sedientos de goces y riquezas, no ven en derredor de sí necesidades que socorrer, ni penas que compartir, ni lágrimas que enjugar. ¡Católicos hermanos míos! Este funesto olvido de las prácticas de la caridad forma seguramente el mas especial distintivo de nuestra época, y esto me autoriza á rechazar otra vez y mil, con la voz de la Iglesia y de su Pastor Supremo, lo que gráficamente se llama el espíritu moderno, considerando, por lo tanto, la civilizacion actual como una simple cultura, tan exuberante y refinada como vacía y peligrosa.

El Protestantismo, Señores, hace ostentoso alarde de ser el principal punto de partida de la civilizacion moderna, y yo no tendría inconveniente en cederle todo entero ese honor. La historia de esa secta no desmiente, por cierto, su origen. El Protestantismo principió por negar el mas dulce secreto del amor de los cielos, el misterio Eucarístico, rechazando á la vez lo mas entrañablemente tierno y lo mas poético de nuestra Religion, el culto de Maria. Y de este modo relajados los estrechos lazos que deben unir al cielo con la tierra, al hombre con Dios, á la razon con la fé, la Reforma habia de causar lógicamente los mas fatales divorcios

en todos los órdenes de la existencia: en el orden moral quedó separado el corazón de la virtud, en el orden político los Pueblos de los Reyes, en el orden social el pobre del poderoso.

El Filosofismo vino á cancerar con su impiedad las llagas de las sociedades, y allí encontramos en primer término á Voltaire adulando á los grandes de la tierra é insultando las lágrimas del pobre. La represalia había de venir forzosamente amenazadora y terrible, y al lado de Voltaire apareció Rousseau. El pobre fué comprendiendo lo que podía esperar de las declamaciones filosóficas, y se ponía de acuerdo con el pobre que tenía mas cercano. Ya no existía el pobre *individuo*, conocido en las anteriores sociedades: el pobre era ya una clase que se creía desheredada, y que pedía en alta voz el derecho á su sustento. Fué necesario, pues, inventar una voz nueva para esta clase nueva, y la pobreza se llamó *pauperismo*.

El siglo XIX ha ensayado varios remedios para extinguir ese mal y hacer feliz, según él, á la humanidad entera. Los Sansimonianos idearon su *Comunion universal*, los Fourieristas organizaron su *Falansterio*, Owen planteó sus grandes *Comunidades*, sistemas todos que se resuelven en el Socialismo ó el Comunismo, y cuya realización, siquiera no pueda pasar jamás de un reinado de días, dejará donde quiera que se intente establecerlo huellas de dolor y sangre; porque esos errores, á un tiempo religiosos y sociales, buscan en teorías absurdas, en utopías irrealizables, en aspiraciones imposibles, una libertad que solo puede recogerse en el seno de la virtud, una igualdad que solo se alcanza ante la Ley divina, una fraternidad que solo se consigue con las ternuras del amor cristiano.

Hé aquí seguramente una de las mas grandes enfer-

medades de nuestra época; el grito impaciente del pobre contra el que goza de la abundancia y los placeres. Los que dicen que *han hambre y sed de justicia* no quieren esperar para ser hartos á que venga sobre ellos el reino de Dios.

Yo quiero persuadirme en este instante de que no estoy hablando con Comunistas ni con Socialistas: es más bien bajo el risueño cielo de mi país natal donde se extiende y va echando raíces esa planta funesta, venida de extranjeras naciones. ¡Ah! Si yo me encontrase en medio de mis hermanos, condenaría sin vacilar sus excesos y sus delirios; que el Sacerdote, débil y frágil como los demás hombres, recibe de Dios en este sitio el celo y la intrepidez del Apóstol. Y, sin embargo, es necesario ser justos; y sin excusar en manera alguna el error, debemos averiguar sus causas y mostrar el remedio. Existe hace mucho tiempo el propósito de apagar en las masas el sentimiento religioso; se han ido arrebatando al pobre, uno tras otro, por una sociedad poco previsora, sus recursos y sus consuelos, y el pobre se ha irritado y se ha excedido; y él oye incáuto promesas halagadoras que le fascinan y le pierden, cuando el verdadero amigo del pobre es el catolicismo.

Sí; solo el catolicismo ama entrañablemente al pobre, como Jesucristo le amaba. En días más venturosos, la Iglesia daba al colono sus heredades, al obrero sus catedrales y monumentos, al mendigo el pan de cada día. Hoy la Iglesia no puede dar más que sus consejos y sus oraciones. Ella, triste y despojada, dice como aquella Madre en cuyos labios ha puesto un talento privilegiado (1) estas tiernas palabras dirigidas á su hijo. —«Si las lágrimas de mis ojos pudieran convertir-

(1) Lamartine, *Nouvelles Confidences*.

»se en oro para tí, yo lloraría todas las mañanas.»

Pero si la Iglesia no puede ya derramar sobre los necesitados los bienes de que carece, ella dice á los ricos:—«¡Poderosos de la tierra! cuán dulce y cuán suave es sembrar liberalidades para recoger bendiciones! »No negueis nunca una limosna que se os pida por el »amor de Dios. Descended frecuentemente á la vivien- »da escondida donde suspira la indigencia; que si en ella »manchais vuestro vestido, en cambio purificareis más »y más vuestro espíritu. Los beneficios que dejéis en el »camino de los desamparados podrán disipar muchos »recelos, aclarar muchas dudas, iluminar muchos en- »tendimientos, regenerar muchos corazones.»

La Iglesia se detiene aún más con el pobre para decir suplicante:—«¡Pobres del mundo! No lloreis, no murmureis de vuestra suerte, guardaos de dar cabida á la »envidia y al odio en vuestros corazones. Trabajad y resignaos, porque el trabajo honra y la resignación santifica. Si no poseéis las riquezas del poderoso, no conocéis el hastío que suele atormentarle; si el presente no os sonríe, el porvenir no os asusta; si los goces no se os brindan, la conciencia no os remuerde: vuestro desnudo lecho producirá, al menos, un sueño tranquilo y »envidiable. ¡Pobres míos! Vosotros que habeis tenido »un nacimiento como el de Belén, que habeis escuchado una palabra como las Bienaventuranzas, no empañéis la gloria de vuestro origen, ni el mérito de vuestros sufrimientos. Vosotros teneis más fácil y seguro »vuestro seno de Abrahám, vuestro Thabór, vuestra esperanza de la inmortalidad, y no debeis perderlos!»

Siendo ya tiempo, hermanos míos, de resumir el presente discurso, diremos que únicamente en las puras enseñanzas de la Iglesia Católica pueden alcanzar

las actuales sociedades su restauración y su ventura; y que el hombre cristiano tiene un medio sencillo y eficaz de aprender esos secretos de su engrandecimiento en el ejemplo de aquellos de sus héroes que sintetizan mas cumplidamente las excelencias y hermosuras de la única Religion verdadera. En la vida de Antonio de Pádua contemplamos los atractivos de aquella humildad que presenta al cielo el sacrificio de las glorias humanas y la sumision prudente y razonable de la inteligencia; humildad que hace al hombre rechazar con valor las elaciones de su orgullo, é inspirarse de continuo en los vivos fulgores de una luz indeficiente. La existencia de Antonio de Pádua nos ofrece en sus múltiples manifestaciones la caridad cristiana, virtud que aun inflamando al hombre en el amor divino, y remontándole en alas de la gracia hasta el recogimiento y el éxtasis, nunca aparta su corazon y su mano de las necesidades y los infortunios de su prójimo. Y dedicándonos al estudio y á la imitacion de ese tan acabado modelo, que constituyó una de las mas grandes glorias de su siglo, y legó mil secretos de perpétua dicha á las edades venideras, recrearemos más y más nuestro espíritu con estas palabras que el Autor del Libro de la Sabiduría escribió para el justo: «Consumada brevemente su vida, »él llenó muchos tiempos.» *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

Voy á concluir, Señores, pero no sin ofreceros ántes el tributo de mi entusiasmo y mi reconocimiento por vuestra devocion. Yo no osaré en manera alguna pronunciar desde este sitio palabras que ofendan la modestia ó la humildad cristianas, y que pudieran parecer como humo de adulacion ó de lisonja; porque esta cátedra está muy elevada sobre el nivel de las miserias humanas. Pero sí me será permitido dar las gracias en

nombre de la Iglesia Católica á los corazones piadosos que tributan estos solemnes cultos, homenaje fecundísimo que yo miro como el ejemplo que edifica, la plegaria que consuela, la esperanza que sonríe, el rocío benéfico del cielo para muchas plantas que mueren de languidez en los áridos campos de nuestras sociedades. ¡Gozaos, almas cristianas, con religioso júbilo en estas ofrendas benditas; porque ellas han de aumentar la virtud en vuestros corazones, la abundancia en vuestros bienes, la honradez en vuestros hijos y la paz en vuestros hogares!

Una palabra también para vosotros, hermanos míos en el Sacerdocio: que, habiendo hablado de Antonio de Pádua, Apóstol infatigable de la doctrina Evangélica, yo no debo dispensarme de dirigíroslo en su nombre, para que de él aprendais á recoger la Sabiduría, la humildad, el celo, la abnegacion y el heroísmo. Hoy mas que nunca es necesario que la palabra del Evangelio, luz del Eterno entendimiento del Verbo, resplandezca y triunfe, y nosotros tenemos el deber indeclinable de hacer su Apologia y de contribuir á su victoria. Nuestro siglo suele acusarnos de ignorantes y fanáticos, y muchos hombres creen que lleva razon nuestro siglo: pero hemos de volver á fé por el buen nombre de aquel clero Español que fué siempre modelo de ilustracion y de desinterés. Hoy que debemos medirnos con tantos adversarios de la verdad católica, nuestra línea de conducta está perfectamente marcada: es estudiar profundamente, discutir con prudencia, vivir sin tacha, enseñar con caridad. Dé el Sacerdote católico á su pueblo la ciencia y la virtud, que el amor de ese pueblo no le faltará nunca. Oponga el Sacerdote católico á sus enemigos la ciencia y la virtud, que sus mismos enemigos habrán de respetarle. Ofrezca el Sacerdote católico al cie-

lo su ciencia y su virtud, que el cielo hará descender abundantísimamente sobre él sus luces y sus gracias. Y si, á pesar de esto, Dios en sus juicios inexcrutables permitiera todavía que la verdad quedase un tanto oscurecida por los hábiles sofismas, las violencias ó las calumnias del error, nosotros, ciertos de su definitivo triunfo, exclamaremos con estas palabras de un Filósofo:—«La verdad puede esperar, porque es inmortal.»

Y vosotros todos, mis amados, oidme bien. No olvidéis que hasta ahora creyó la Europa, creyó el Orbe que ser Español y ser Católico son dos bellos sinónimos. Si desgraciadamente algunos de vosotros hubiéseis perdido la venda hermosa de la fé cristiana, acordaos, para regeneraros, de vuestras impresiones de niños, dulces encantos de la juventud religiosa que pasásteis al lado de vuestras madres: la primera Comunión, el Catecismo que aprendisteis de memoria, los elogios del Sacerdote, las caricias del amigo de vuestra familia, los cánticos y las flores que ofrecíais en los altares, el árbol de vuestros huertos bajo cuyas ramas se iba formando vuestra inteligencia, la oracion que rezábais por el caminante en las noches de tempestad, y el beso que al acostaros imprimíais en alguna imágen de la Santísima Virgen. Todos estos purísimos recuerdos son como las violetas escondidas que perfuman el ambiente de los valles; como las leves espumas de la cascada para el caminante fatigado; porque pueden realmente llegar á ser toques misteriosos y delicados de aquella gracia que forma de los pecadores los Santos; gracia que, fielmente correspondida, va tejiendo la existencia del hombre de pensamientos grandes, de virtudes modestas y de acciones sublimes, hasta ser coronada por la gracia de la perseverancia final que abre al alma la eternidad de la bienaventuranza. AMEN.

## SERMON SEGUNDO.

*Vir obediens loquetur victoriam.*

El hombre obediente contará la victoria.

PROVERB. XXI. 28.

### HERMANOS MIOS:

El Universo ha salido de la palabra creadora de un Dios Omnipotente y es la primera y mas bella manifestacion de sus Atributos. El Sér que crea es el Sér increado y necesario; el Sér increado y necesario es el Sér eterno é infinito; el Sér eterno é infinito es soberanamente libre; el Sér soberanamente libre es perfectísimo y misericordioso; el Sér perfectísimo y misericordioso es conservador de sus obras. El Universo, pues, produccion maravillosa del poder y de la voluntad divinos, es rejido por la Divina Providencia.

Dirijamos, Católicos, una mirada atenta sobre la naturaleza que nos rodea, y la inteligencia y el corazon se dilatarán en su contemplacion y su estudio. El hombre que reina, el ave que canta, el astro que brilla, el mar

que ruje, el arroyo que murmura, los contrastes armoniosos de las Estaciones y la vegetacion, la nieve del invierno que prepara la fertilidad de las campiñas, la sombra de los árboles en el Estío, las propiedades saludables de las plantas, el aroma de las flores, todo nos está anunciando con un lenguaje misterioso las alabanzas de aquella Providencia inefable.

De la naturaleza pasamos á la historia, y nuestra admiracion y nuestro asombro crecen. El genio de las conquistas preparando tal vez adelantos relativos para la humanidad, pueblos cultos que se asimilan razas bárbaras, pueblos bárbaros que entrañan los gérmenes de poderosas civilizaciones, siglos célebres por su agitacion y sus luchas, sociedades que peligran por sus desórdenes, y héroes que surjen para devolver á aquellos siglos la paz y á estas sociedades la regeneracion y la vida; hé aquí los insondables pero dulcísimos secretos de la Sabiduría y la Providencia de Dios. Por eso toda inteligencia privilegiada desdeñosamente dice á la Filosofia epicúrea: —«el mundo no es efecto de la casualidad; yo comprendo que mi origen es más noble.»—Por eso todo corazon elevado grita con indignacion á la Filosofia fatalista: —«el mundo no se rige por la ley de un destino inexorable; yo siento que soy libre.»

Vengo en este día, mis amados hermanos, á recrearme con las bellezas de aquel dogma consolador, consignado en el libro de oro de las naciones creyentes; y para justificar mi confianza me bastará citar un nombre que ha sido perpetuado por el amor y la gratitud de la Iglesia Católica, y cuyas glorias ensalzaremos hoy, más con el corazon que con los lábios. El nombre de Antonio de Pádua es verdaderamente un nombre providencial en el décimotercio siglo.

*¡Antonio de Pádua!* Nombre de bendicion que

viene á nuestro espíritu como el perfume de una oración fervorosa, é inunda el alma con todas las delicias de los amores castos! ¡Antonio de Pádua! Lucerna que brilla inextinguible sobre el altar sagrado, libro siempre abierto al entendimiento del hombre, corazón abrasado en el amor de Dios que anhela repartir entre todos los corazones los tesoros de su inefable dicha!

Antonio de Pádua, Señores, no puede menos de representarse á mi mente como una creación especial de la Providencia, hecha para su siglo. El pone todo su entendimiento en el estudio de la verdad, todo su corazón en la práctica de la virtud, toda su voluntad en el amor de la justicia, toda su perseverancia en la victoria del bien, todo su anhelo en la santificación de las almas. Y cuando nosotros queremos buscar la base inmóvil de estas altas cualidades; cuando procuramos examinar en Antonio de Pádua lo que constituye, por decirlo así, la fisonomía de su espíritu, ya inundado de mística suavidad en la paz, ya poseído de un celo ardiente en la lucha, encontramos la revelación de ese secreto en una virtud prodigiosa, la virtud de la obediencia, cuyo raro poder se encarecía de esta manera en el Libro de los Proverbios.—«El hombre obediente contará la victoria.» *Vir obediens loquetur victoriam.*

El siglo XIII estaba profundamente necesitado de ejemplos de obediencia cristiana. En él surgió ya temible aquel espíritu de rebeldía y de soberbia que, enseñando luego muy al descubierto su faz en el siglo XVI, ha venido extraviando más y más al mundo moderno, hasta colocar al borde de un abismo la sociedad contemporánea. Y cuando Antonio pudo lanzar una mirada ex-  
crutadora en torno de aquellas generaciones, se propuso contribuir á restaurarlas con toda la sumisión del co-

razon y del entendimiento; y sostenido por la gracia del cielo, logró realizar cumplidamente su empresa.

La imagen, por tanto, que se levanta en ese altar, á semejanza de aquel Angel que describía un gran poeta cristiano (1), esculpido en candorosa actitud en la morada de los que sufren y esperan, no debe ser para nosotros una figura silenciosa. Ella parece hablar para recordarnos elocuentemente la práctica de todas las virtudes: pero bastaría ver á Antonio de Pádua con el Niño Jesús en los brazos para comprender que la virtud de la obediencia forma la síntesis de sus glorias; porque el niño es el tipo interesante de la obediencia en el seno de la familia cristiana.

Hace un año, Señores, que yo os hablaba de la humildad y de la caridad de ese héroe: hoy os convido á admirar y bendecir *aquella singular obediencia de Antonio de Pádua, que alumbró su Sabiduría, le hace regenerar los pueblos y arroba su alma en espirituales delicias*. Ofrezcamos por modelo esa virtud á los hombres de nuestro tiempo, ávidos como nunca de emancipacion é independencia, á fin de que ella *«guie su razon en el órden científico, úna sus voluntades en el órden social y haga de las santas ternuras del hogar doméstico la mas firme garantía del triunfo de la verdad y el bien en la marcha de las sociedades.»—Vir obediens loquetur victoriam.*

Tal será el pensamiento del presente discurso.

Bien quisiera yo, Católicos, que mis frases estuvieran henchidas de armonía, y que sus notas formasen un melodioso concierto con vuestra devocion y piedad: que en este lugar sagrado, la palabra humana sin el so-

(1) Dante, *Purgat.* Cant. X.

plo de los amores divinos, sería una voz infecunda sin sonoridad y sin eco. Imploremos fervorosos un destello de la Luz Increada, que nos alcanzará con su valimiento la celestial Maria, si la decimos reverentes: *Ave gratia plena, etc.*

### PRIMERA PARTE.

I. Presenta indudablemente el siglo XIII grandes títulos á la admiracion de los hombres. El bien y el mal lucharon en él con toda su fuerza y todos sus recursos; pero como sucede en todos los momentos solemnes de la vida de la humanidad, el bien alcanzó definitivamente la victoria.

Todo fué allí notable, Señores; las heregias, los concilios, los Pontífices, los Reyes, las guerras y los Santos. Existían ya aquellos Valdenses cuya extraña pobreza encubría mil ódios del corazón, y aquellos turbulentos Albigenses, que iban dejando en su huella un reguero de lágrimas y sangre: y la tendencia del error, cuando pasaba los Alpes, era hacerse maniqueo, y cuando seguía el curso del Rhin, revestirse de un singular misticismo. Se celebraron entónces los Sinodos Ecuménicos Lateranense IV y Lugdunense II. Vivieron Inocencio III, el Pontífice inmortal; Honorio III, el Pontífice afa-ble, y Gregorio IX, el Pontífice sábio. Reinaron Fernando de Castilla, el guerrero santo; Luis de Francia, el San Francisco de Asís de los Reyes (1), y Rodulfo de Hapsburgo, el Emperador piadoso. Los Cruzados llevaban sus armas á la Palestina; la España trabajaba con

(1) César Cantú, *Histor. Univ. época. XII, cap. 12.*

sin igual heroísmo en la obra de su Reconquista; las Ciudades de Italia se hacían una guerra sin tregua, y el terrible Gengis-Kan era el azote del Oriente. Anselmo de Cantorbery, Hildeberto de Tours y San Bernardo dejaban como herederos de su ciencia á Alberto el Magno, Tomás de Aquino y San Buenaventura. Juan de Mata comunicaba el fuego de su caridad á Pedro de Nolasco; apareció Domingo de Guzman; Francisco de Asís vino; y para dar todo su colorido á este bellissimo cuadro se presentaba Antonio de Pádua en medio de aquellas sociedades, ofreciendo el ejemplo de las mas relevantes virtudes, llevando por todas partes los dones de la caridad, y mostrando á Jesús en sus brazos como emblema de la más perfecta obediencia entre grandezas tantas.

Antonio habia nacido en una hermosa Ciudad, sentada graciosamente en la ribera fertilisima donde el Tajo dora con sus arenas las aguas del Océano, á la falda de pintorescas colinas, y adornada de frondosos bosques: pero si aquellos sitios amados de la naturaleza hubieran debido encomiar cada una de las virtudes de aquel niño, las puras áuras de Lisboa no habrían tenido arrullos bastantes para saludarlo, ni los bosques de Cintra hojas bastantes para tejerle coronas, ni el Atlántico bastante extension para difundir su fama.

Las producciones del mundo sobrenatural no siguen siempre el orden de las producciones del mundo fisico: no es allí rigorosamente necesaria la marcha progresiva de la vida; no son allí precisos la hoja, la florescencia y el fruto. El primer día de la razon puede ser el dia primero de la santidad: la gracia de Dios, relacionada con la libertad humana, puede formar la cúspide casi á la vez que el cimiento del místico edificio. Antonio despertó, pues, del sueño tranquilo de la niñez, y halló el

sol muy elevado en el cielo de su vida. Él miró desde luego aquel gran río que se abrazaba á su vista con el mar, y su primer pensamiento fué imitarle. Así, á sus primeras emanaciones había de confundirse aquella alma con su Dios, á la manera que el Tajo se confundía con el Océano.

Todo en derredor de Antonio se engalanaba ricamente para seducirle. Su cuna fué dorada, su ascendencia era ilustre, el porvenir se le mostraba risueño. Pero él sopló con el aliento de la virtud sobre aquellos fantasmas tentadores, y se desvanecieron como las nieblas ligeras. Oyó una voz misteriosa que le llamaba por el camino de la soledad, y la obedeció contento, sin ser osado á inquirir sus designios. Era aquella la obediencia consoladora á la que llamó San Agustín (1) «Madre y custodia de todas las virtudes.» Por esto mismo, la vida de aquel adolescente que anhelaba ya ocultarse entre las sombras del retiro, había de ser como una aparición perpétua entre el cielo y la tierra para edificación de las gentes; y desde aquel día afortunado en que Antonio de Pádua hace perfecta entrega de su voluntad á la voluntad de Dios, la gracia principia á descender sobre su alma, como cae la lluvia en las regiones de los trópicos, no gota á gota, sino en gruesas capas.

Pero ya no le basta la soledad á Antonio, ni en la Regla suave de los hijos de Agustín, ni en la vida austera de los hijos de Francisco; que no es en la soledad donde se recoge la mas radiante corona que puede ceñir la frente del cristiano. Antonio suspira ardentemente por la palma del mártir. Él sabía que el *muezzin* árabe, creyendo sólo en una eternidad de goces materiales, gritaba desde sus minaretes;—«venid á la oración

(1) L. 14, de *civitat. Dei*.

ción; la oracion es ántes que el sueño:» y santamente inflamado por la gloria del Señor, en cuyo cielo habita la pureza, desea anunciar desde el Atlas hasta las costas de la Siria otra inmortalidad mas casta; quiere purificar por la oblacion de su sangre las cinco oraciones del Corán con las tres oraciones del *Angelus*. Pero habló de nuevo la Providencia entre el rugido de una tempestad, y Antonio siguió siempre obediente la direccion de aquella mano invisible, á la que plugo colocarle sobre las playas de Sicilia.

La vida de Antonio de Pádua entra desde aquel período como en una fase nueva. De aquel suelo Siciliano pareció haber Antonio recogido en un día el calor vivificante y productivo, lo variado de su historia, todas las grandes cualidades de los diversos pueblos que se disputaron aquella Isla peregrina, desde el Siculo hasta el Normando; solamente que él no tendrá otras armas que la palabra. Vamos á contemplarle, pues, sobre el jardin ameno de la Italia; y si hasta aquí solo hemos recorrido la línea de su virtud, ya estamos colocados como en el vértice de un ángulo, descubriendo á la vez la línea de su sabiduría.

Antonio de Pádua poseía en toda su fuerza las dos alas poderosas del sér humano; la razon y el sentimiento. Su inteligencia era vasta; su corazon puede decirse que era inmenso. Pero él no quería volar, porque era humilde. Sabía bien que el talento, una vez objeto de los aplausos del mundo, suele atraer los vientos de la vanidad que hacen sus resplandores fugaces, sus flores de pasajera belleza, sus frutos desabridos y á menudo dañosos. Y, sin embargo, es la humildad una virtud tan singular, que atrae sobre sí las luces de la Sabiduría (1),

(1) *Proverb. XI.*

reflejando en torno sus dulces atractivos; y á aquel que pretendé como esconderse en sus senos, lo eleva pronto á inconmensurables alturas.

La obediencia es la que llama otra vez al corazón de Antonio para que deje brillar los dones de su entendimiento. Los arcanos providenciales le encaminaban á un fin, y sus Superiores le señalan los medios. Y aquel hombre extraordinario que por su profunda modestia era conceptuado ayer inútil para los trabajos científicos y las tareas literarias, hoy excita como sábio el respeto y la admiración de los hombres. Él surcará ya en todas direcciones los dilatados mares de la ciencia; pero mientras más sabe más cree, mientras más estudia más adora, mientras más enseña más ama. Y tanto cree, y tanto adora y tanto ama, que ya no le es bastante comunicar los destellos de su sabiduría, sino que quiere ir repartiendo en su camino como pedazos de su propia alma. El cielo derrama sobre Antonio de Pádua todas sus luces, todas sus gracias, todas sus maravillas, á fin de que difunda como óleo santo el bien y la verdad; y él prodigará esos tesoros, regenerando los Pueblos con el ascendiente irresistible de la penitencia y la virtud. Contemplad, hermanos, aquel encadenamiento bellissimo de los efectos de la verdadera obediencia, semejante al que describe San Bernardo (1) con estas inimitables frases:—«El varón obediente que dá su querer y su no querer (*suum velle et suum nolle*), se hace siervo de su Dios, compañero de su prójimo, dueño del mundo:» *Domini servus, proximi socius, mundi Dominus.*

II. La Europa, Señores, anhelaba contemplar figuras colosales en ciencia y en virtud, que la indicaran rumbos salvadores y apacibles. En la esfera intelectual,

(1) *Super Cantica.*

y en medio de aquel movimiento benéfico que produjo las Universidades de Oxford, Cambridge, Pádua, Salamanca y Viena, habían surgido hombres de celebridad funestísima que tendieron, no ya aisladamente, sino por sistema y por cálculo, á emancipar la razón del yugo suave de la fé; y como acontecerá siempre, lógica y necesariamente, á la perturbacion del entendimiento se sucedian las perturbaciones sociales. Los nombres de Berenger de Tours, Amaury de Chartres, Roscelin y Abelardo vienen coexistiendo con los de los Cátharos, Patarinos, Rutieros, Triaverdinos y Bulgaros; y el Valdense y el Albigenise, que resúmen los delirios y las pasiones de todos, hacen de la civilización un problema. El mediodía de la Francia y la alta Italia son sus mas infortunadas víctimas; y la sangrienta lucha que desde la Liga Lombarda rugía en la Italia todá dominada por mil guerreros ambiciosos, presentaba sin cesar un cuadro desolador de violaciones fatales del Derecho, de la piedad y la justicia.

Por entre aquel ráudo torbellino, Católicos, se hizo bien pronto un paso fácil Antonio de Pádua con su palabra poderosa; con su heróico corazón, mas grande aún que su palabra. Donde encuentra entendimientos naturalmente rectos y almas generosas, seducidos por los halagos del error, hace salir de sus lábios toda aquella arrebatadora elocuencia y aquella encantadora poesía con que iba el Dante Alighieri á escribir ya en el mismo siglo su *Divina Comedia*. Donde halla corazones malvados, los sojuzga con el fuego de su predicacion y con el prestigio de sus obras: y si aún el alma se muestra empedernida, Antonio sabe dar lengua á los mares y hace su esclava á la tierra para atestiguar con innumerables prodigios las grandezas de Dios. Donde ha visto la ferocidad de un tirano, allí ha corrido para ense-

ñarle el legítimo uso del poder que le ha de merecer la obediencia de sus súbditos: y aquel espíritu tan tierno y tan tranquilo se transformaba para condenar los excesos y para corregir al criminal, con la luz interior de las emociones de su alma, como cambia el mar su verde ó su azul con los colores rojizos de las plantas submarinas.

Por donde quiera que pasaba Antonio de Pádua era como un meteoro luminoso, como un cometa brillante: pero jamás pudo el vulgo relacionar la idea de su aparición con ningún suceso infáusto. Sus huellas son besadas con amor en todos los pueblos que visita, porque sólo evangeliza la paz; y su inspirada voz es recojida por el soplo de todos los vientos, porque es la voz de las alturas. La fama de su santidad maravillosa parece difundirse por mil misteriosos ecos, y creeríase que la cumbre de los Apeninos, oyendo las alabanzas y las bendiciones de los habitantes de Pádua, la trasmite por un lado á las costas de la Iliria, á la Eterna Roma, á la gentil Parthénope y á las graciosas Islas del Tirreno: y por otro, la cima de los gigantescos Alpes la anuncia á la Francia y la Suiza, recomendándola á las ondas del Rhin y del Danubio para que la vayan extendiendo hasta la Alemania y la Hungría. ¡Oh! La imaginación se goza en crear esas armonías de la naturaleza, como si fuesen el homenaje magnífico que el mundo físico tributára á las armonías de la gracia.

III. Lo que nos resta examinar, Señores, en la existencia de Antonio de Pádua puede decirse que no cae bajo las investigaciones del entendimiento; son ya como las intuiciones del espíritu en las misteriosas atmósferas de una virtud perfecta. El viajero puede contemplar á veces la magestad de la catarata, colocándose entre la masa de agua que se despeña y el flanco de la ro-

ca perpendicularmente cortada; pero entónces no le es dado apreciar distintamente el color verdoso ó azulado de las aguas, convertidas en aquella espumosa blanca que quisiera darse toda á los rayos del sol y á las corrientes del aire. Así pudiera decirse que acontece al alma cristiana con la vida de Antonio de Pádua.

Cuando vamos á estudiar á Antonio en la soledad de su retiro y en el silencio de su morada, sería en vano querer buscar al hombre de tanta actividad en el trabajo y tan infatigable en la lucha. No se vé allí sino fuego del alma, ardiente, sublime, divino; no se respira sino amor, un amor tan intenso, que apenas encontramos ejemplo con que compararlo: aquella sagrada llama que hace á San Pablo enfermar de caridad al tercer dia que trata con su Dios y que abrasa á Magdalena desde el primer momento que conoce á Cristo, es la misma que arde en el corazón de Antonio.

Sería imposible, en verdad, á no hallarse enamorados del Bien Sumo, como él se hallaba, describir todos los encantos de amor que aquel varon justo sentía, cuando pasaba las horas en íntimo consorcio con el cielo. Aquella union dichosa del alma con su Dios, aquella posesion del infinito en lo finito, aquel goce de la eternidad en el tiempo, es como la conversion del hombre en el Angel, como la encarnacion de lo divino en lo humano; es Jesucristo viviendo nuestra misma vida y haciendo nuestros su corazón y su gracia. La fantasía, colcándose con todo el entusiasmo y la ternura de que es capaz el alma tras la puerta que cierra la humilde habitacion de Antonio, le divisa á cada instante con el Niño Jesús en los brazos, el cual le acaricia y le sonrie, como si hubiera encontrado en los dias de su infancia á un amigo bienhechor bajo los olivos de Ramla, ó bajo las palmeras de la Idumea. El buen Jesús vió que en aquel

corazon privilegiado todo era tierno y candoroso; que allí se habian juntado las más ricas virtudes como en un haz de luz, ceñidas por la obediencia: y Jesucristo, cuya obediencia, llevada hasta la muerte, constituyó su mas grande honor y el imperio de su Nombre, que es sobre todo Nombre, quiso dividir con Antonio su poder y su gloria; y bajaba á departir dulcemente con su siervo en la forma mas graciosa y más interesante del sér, en la forma de niño. ¡Oh! Si Antonio de Pádua hubiera sido poeta, como solia serlo Francisco de Asis, ¡qué versos tan arrebatadores hubiera legado á la posteridad cristiana, refiriendo las consolaciones y los éxtasis de aquellos suavísimos coloquios!

La muerte de Antonio de Pádua habia de ser, Católicos, una muerte de amor; la muerte de que querría morir el Serafin, si el Serafin muriese. Al exhalar el último suspiro, toma en sus labios el Nombre de Maria, cuya devocion fué su norte, y su alma sube á las moradas divinas, como flor temprana que iba á adornar el sólio del Rey del Universo. Y aquellas generaciones atónitas apenas han visto desaparecer al hombre veneran ya al Santo; y los Pontifices, que pudieron admirar tantas veces la sabiduria y la virtud de Antonio de Pádua, confirmaron con la autoridad de la Iglesia el triunfo de la obediencia cristiana cantado por la gratitud de los pueblos. *Vir obediens loquetur victoriam.*

¡Loor eterno á tu nombre, varon incomparable! Tú eres la aurora permanente sobre los horizontes de la Religion Católica; tú el faro luminoso que señalas un camino sin peligros á las almas que cruzan los anchurosos piélagos de la ciencia y de la vida! Aunque la Iglesia no te hubiese erigido altares para adorarte, todos los nobles corazones te llevarían los testimonios de su amor, sus alabanzas y sus bendiciones!

Sí, mis amados hermanos; una vida tan pura como la que acabamos de recorrer no puede ser para el mundo un árbol sin fruto ó una flor sin aroma. Si Antonio de Pádua fué la figura providencial que contribuyó eficazmente á regenerar las sociedades de su tiempo, porque aprendió su saber en la sumision de su entendimiento, porque enseñó á los poderosos y á los pueblos las hermosuras del bien y la justicia que traen su origen de la obediencia, porque con el prestigio, en fin, de su santidad y sus milagros dió testimonio de la inspiracion de su palabra, hagamos hoy comprender á los hombres de nuestra época que con la virtud de la obediencia cristiana se esclarece la verdad en la esfera de la ciencia, se consigue el bienestar de las naciones en el órden social, se obtiene el gran recurso de salvacion para los pueblos en el hogar de la familia. Estadme atentos.

## SEGUNDA PARTE.

I. La verdad fué enseñada al hombre por el Omnipotente, completando las armonias de la creacion, una, fija é inmutable. Y cuando para combatir el error, múltiple, incierto, voluble, fué sellada por Jesucristo en el Calvario, quiso unir á los pueblos, repartidos por toda la redondez de la tierra, con el lazo del mismo amor y de las mismas creencias; esto es, bajo una misma Iglesia, con una misma fé, con unos mismos Sacramentos y bajo un Pastor mismo. Aquella verdad que se nos había dado con caridad tanta, llegando hasta el sacrificio y la muerte, no podia tener mas que un origen, ni más

que un fin, ni más que un medio, ni más que un premio. La verdad ha salido del trono de Dios, como la afirmación de su Esencia, y no podía tener nada de común con las negaciones del hombre. No existe más que un sólo Dios, y uno sólo ha de ser su Verbo; y ese Verbo no puede ser á la vez el Sí y el Nó, sino sólo el Sí de su Sér Infinito (1). La verdad es como la luz; y de la misma manera que los hombres no verán jamás sino con los mismos resplandores, tampoco podrán creer ni conocer sino con la sola verdad de los cielos.

La economía maravillosa del Catolicismo impedirá siempre que se altere la sustancia de sus verdades celestiales, porque él posee focos de una inspiración viva, permanente, incorruptible. Tiene en primer lugar los Concilios Ecuménicos, Asambleas benditas de las generaciones, que presididas por el Espíritu Divino hacen brillar sobre el mundo las claridades emanadas de la Verdad Eterna. Y como los Concilios son una luz periódica que no puede alumbrar sino en los días más solemnes de la vida de la Iglesia, en momentos supremos para la historia de la humanidad, hay otra luz continua, perenne, inextinguible, que irradia sus refulgentes destellos sobre el gran libro de la verdad católica. Es la luz que parte del centro de unidad, de la Silla de Roma, de la Cátedra de Pedro, del Vicario de Jesucristo. Pontífice Supremo de la Santa doctrina, cuando ese Vicario habla como Pastor Universal de la Iglesia, cuando define *ex Cathedra*, sus decisiones llevan asimismo consigo la garantía de los cielos con cuya asistencia se forman. En suma, hermanos míos; solo el católico está seguro de poseer todas las verdades cristianas, porque oye obediente y respetuoso aquella voz inspira-

(1) II ad Corinth. 1. 19.

da, eco de la voz de Jesucristo, de cuya autoridad escribió San Agustín estas hermosas palabras:—«Yo no es-  
»taria obligado á creer en el Evangelio, sino me lo ordenase la autoridad de la Iglesia.» (1)

No sucede así, Señores, fuera del Catolicismo, donde el hombre se halla apartado del Eterno Entendimiento del Verbo, que es el Verbo de la Iglesia Católica, punto de donde se derivan y adonde convergen la razón y la fé, que son dos rayos de luz de un mismo foco, brazos de un mismo río que se separan para formar isletas pintorescas, y que se unen luego en dulce abrazo para confundirse en el mar de la Verdad, como en un piélago inmenso. «La razón humana, dice un insigne escritor  
»contemporáneo, conserva indudablemente, aun después de su caída, un resto de fuerza y de rectitud, y  
»ella puede extender su mirada por vastos horizontes y  
»elevarse á muy grandes alturas: pero considerarla como un poder absoluto, independiente, al cual sea dado traspasar los límites de lo sobrenatural, es un error  
»funesto, que nada provechoso y fecundo puede dar ni  
»para la ciencia, ni para las sociedades (2).» La razón sin la fé siempre anda inquieta y variable, como los giros caprichosos de la niebla; y la inteligencia del hombre, ese Océano de grandeza, cuando se abandona á sí misma solo arroja de sus profundos senos las algas de la tempestad.

Yo no puedo detenerme hoy á probaros que la historia de las heregias, hijas todas del orgullo de la razón extraviada por las pasiones, es una historia infecunda, cuando no es la obra de la destrucción ó el recuerdo de grandes iniquidades. Pero sí puedo preguntar á la cien-

(1) L. cont. *Epist. fundam.* cap. 5.

(2) Chastel, (Le Père) *De la valeur de la raison humaine*, introduct.

cia que llamamos moderna, producto en último término del error Protestante, que mataba el espíritu de obediencia en todos los órdenes de la vida y que ya en sus primeros días se fraccionaba en centenares de sectas, qué es lo que ha hecho por la causa de la verdad en sus extrañas elucubraciones. ¡Ah, Católicos! Yo examino con detenimiento la moderna filosofía, y veo que ha tomado de la India el Panteísmo, de Pitágoras la metempsicosis, de Epicuro la sensualidad, y el fatalismo del Arabe. Yo me fijo especialmente en la filosofía alemana, y encuentro que los sábios de esa escuela, dejando muy atrás con sus fórmulas ininteligibles aquellas distinciones de los peores tiempos de la Escolástica, y diciéndonos con Krause que —«La Vida divina es Una, Misma y Toda,» vienen á dejarnos sin la Entidad de un Dios, por querer divinizar toda la naturaleza, desde la molécula elemental hasta el hombre. Señores, la Providencia de esa filosofía es el destino; su espíritu el animismo universal; su virtud una ilusión.

La moderna ciencia nos grita incesantemente que ha producido el progreso de los pueblos en sus adelantos materiales y en las sendas de su libertad; pero yo, que amo la verdadera libertad y el verdadero progreso, porque son hijos de la Iglesia Católica, miraré cada nueva teoría de los derechos del hombre, y cada nueva invención de este linaje, como grandes infortunios, si no van acompañados del sentimiento moral y religioso; porque el progreso puramente material y el afán de libertades, aumentando gradualmente en el hombre su soberbia y su egoísmo, por un lado le apartan más y más de la obediencia al Autor de todo lo creado, y por otro establecen divisiones profundas en el seno de la sociedad entre los que mandan y los que obedecen, entre los que gozan y los que sufren. Esta es la lógica

inexorable del error. Si no me dais cristianos de razon sumisa y obediente á la autoridad de la Iglesia, yo no os puedo dar ciudadanos pacíficos ni gobernantes justos. Antonio de Pádua, con aquella inteligencia tan ennoblecida por la fé, enseñó infatigable esta verdad á los poderosos y á las muchedumbres: ¡pluguiera al cielo que mis palabras derramasen sobre vosotros un solo rayo de la luz de las suyas!

II. Si hay una autoridad en el orden religioso, que representan respectivamente el Pontífice, el Obispo, el Sacerdote, hay asimismo una autoridad en el orden civil; porque la autoridad es una ley necesaria de la vida en el hogar, en la tribu, en los pueblos formados, como reflejo de la ley anterior y eterna de Dios, en quien está el origen de toda autoridad y de todo derecho. La Iglesia, que rechazó siempre, como rechazan ya hoy la ciencia de la legislación y toda sana política, las confusas nociones, la idea absurda del *Contrato Social*, dejará libre el campo de la discusión al entendimiento del hombre acerca de cómo nace civilmente el poder, de cómo se trasmite ó de cómo se ejerce: pero al señalar la fuente de donde emana y los vinculos que le estrechan, solo pronunciará estas indelebles frases:—«Por mí reinan los Reyes, y los legisladores decretan lo justo.» (1.) «No hay potestad que no venga de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas.» (2)

El Sacerdote católico no debe ocuparse jamás en este sitio de cuestiones políticas; pero ha de declarar á las gentes sencillas, engañadas por espíritus malévolos, que la Iglesia Católica puede, por su parte, vivir con todas las formas políticas de gobierno; y que el Sacer-

(1) *Proverb.* LIII. 15.

(2) *S. Pab. ad. Rom.* XIII.

dote católico nunca vé entre aquellos que le escuchan, sean cualesquiera sus ideas y sus convicciones políticas, sino un solo corazón y un alma sola, con los que quisiera confundir su corazón y su alma. Lo que la Iglesia Católica, lo que el Sacerdote católico no quieren son Monarquías ateas é injustas; lo que miran con horror son las Repúblicas socialistas y ateas; lo que lloran con lágrimas de sangre la Iglesia y sus ministros, son los crímenes de esos hombres que incendian ciudades, como Neron, y parecen desear, como Caligula, que el género humano tuviese una sola cabeza para cortársela. (1) La Iglesia no hace en rigor mas que una distincion en los gobiernos de las naciones, distincion que ha tenido la imparcialidad de admitir tambien un historiador moderno, César Cantú; la de gobiernos buenos y gobiernos malos. Un buen gobierno, diremos aceptando la definicion de Plutarco, es aquel donde los buenos mandan y los malvados no tienen autoridad ninguna.

El pueblo, hermanos míos, el pobre pueblo no tiene tiempo que dedicar al estudio, y ha de escuchar una de las dos palabras que se le anuncian; la palabra del Sacerdote, su amigo fiel que le ama, ó la palabra de falsos amigos que le seducen con teorías halagadoras, para formar de él un pedestal á su encumbramiento, y que en realidad no hacen otra cosa sino llevar inquietudes y agitacion á los ánimos y despojar al pobre de su mayor consuelo, de la bella corona de una pobreza resignada. Las palabras *libertad é igualdad* se han entregado insidiosamente á todos los vientos del espacio, y son ya como polvo cósmico que llena toda nuestra atmósfera; pero esas hermosas palabras, escritas y expli-

(1) Algunos días ántes de pronunciarse este discurso, tenían lugar en París los horribles sucesos de la *Commune*.

cadadas en el Evangelio cristiano, son fuera de él la tea incendiaria con que especulan los hombres de las revoluciones.

Hay una libertad santa, sin duda; la facultad que tienen los individuos y los pueblos de desenvolver su accion y sus recursos en la esfera del bien, para alcanzar su felicidad. Hay tambien una igualdad bendita; la igualdad con que Dios ha de juzgar los actos de todos los hombres, la igualdad con que la Iglesia de Jesucristo une en la participacion de sus misterios al pobre y al poderoso, la igualdad con que la justicia humana debe siempre medir al grande y al pequeño: libertad é igualdad que lejos de pugnar con la idea de la autoridad, se ligán amorosamente con ella, sirviéndola de garantia y amparo. Pero hacer entender por libertad esa emancipacion del ciudadano, que permitiendo á este olvidar sus deberes para con el Estado, le priva á la vez de sus derechos, y hacer entender por igualdad esa nivelacion quimérica que coloca al pobre en la pendiente del crimen, y que supone en todos los hombres los mismos méritos, el mismo acierto, las mismas inclinaciones, las mismas virtudes, sería seguramente el mayor de los absurdos, cuando no fuese ántes que todo la mas terrible desventura y el mas trascendental de los delitos.

Así es como enseña la Iglesia católica á los pueblos la obediencia para con aquellos que rigen sus destinos. Mas ¡ah! tambien sabe decir á los monarcas de la tierra que hay una potestad superior, á cuyos inmutables decretos de eterna justicia han de ajustar sus acciones. Los Reyes que no son los padres de sus pueblos, que les vejan ú oprimen, son unos Reyes tiranos, y la Iglesia no los cobija á su sombra. Los Reyes que abusan del poder y de la fuerza para perseguir y despojar á los débiles son..... unos mónstruos; la Religion los anatematiza.

za, y tarde ó temprano los hiere la espada de los castigos celestiales. ¿Que ha sido, decidme, de los Imperios que protegieron la obra de la iniquidad? ¿Que será de esos Reinos que se han engrandecido con la usurpación y el sacrilegio? Señores, mi corazón de Sacerdote católico late aceleradamente en este momento, porque me acuerdo de aquel anciano venerable, de aquel Pontífice Rey que poseía, para asegurar su independenciam como Gefe del Catolicismo, un pequeño Estado, con la ejecutoria mas magnífica que puede presentar el Derecho Cristiano, Estado y ejecutoria que han sido victimas de un Soberano y de un Pueblo que son deudores á Roma de su historia y su grandeza. ¡Ah! Si Antonio de Pádua recorriese hoy, como recorria hace seis siglos, las ciudades de Milan, de Florencia y de Roma, ¡con que justa indignacion y con que santo celo hubiese predicado la obediencia y la justicia á ese Rey y á ese Pueblo! Colon pedia un plazo de tres soles á los tripulantes de su expedicion, que se rebelaban contra el génio porque perdian la esperanza de descubrir la tierra: ¿qué plazo te pediremos nosotros ¡oh Providencia Divina! para que alumbre el sol de tu justicia y tu misericordia?

III. Pero entremos ya, para completar mi pensamiento, en ese nido amado donde se forma el hombre al amparo de la obediencia para la Religion y la Patria; en ese hogar donde viven la niñez y la juventud, esperanza del porvenir, cuyo recuerdo ha ofrecido hoy á mí mente ese dulcísimo Niño que sonríe entre los brazos de Antonio de Pádua.

¡Cuán bello es penetrar en las mansiones del hogar doméstico, donde habita la Trinidad visible que eleva nuestro espíritu hácia la Trinidad Augusta de los cielos, cuando en él se practica la virtud! La pluma del hombre no es suficiente para trazar esos santos poemas

de honradez y de amor, donde todo respira felicidad y alegría, todo es ternísimo y conmovedor. La memoria de muchas de esas escenas, de encantadora sencillez y de afecciones sin mancilla, hace asomar con frecuencia las lágrimas á nuestros ojos; y el hogar será siempre para el hombre de corazón sensible como la enramada donde el ruiseñor tuvo su nido, y en la que entona sus más dulces gorgoros.

¡Que escuela tan admirable y tan fecunda es la familia cristiana para formar en la obediencia y el amor individuos que sepan contribuir al mejoramiento de la humanidad y al adelanto progresivo de las sociedades! La pila bautismal es como el primer altar del pequeño; la casa paterna es su templo; la Imagen de la Virgen, que está á la cabecera de su cuna, le hace adivinar el cielo que le espera. En la candidez seductora de la infancia, el niño sólo sabe dos cosas; obedecer y amar. Ignora los cuidados de la existencia, porque otros seres se ocupan de su dicha. No recuerda el pasado, no le turba el presente, no duda del porvenir. Su frente está pura como la corola de un lirio blanco recién abierto; su corazón tranquilo como la onda del lago en una tarde serena.

De la infancia se pasa á la adolescencia, y el niño va intentando ya los primeros ensayos de su fuerza, á la manera que el avecilla que ve crecidas sus alas, quiere dar el primer vuelo á los cercanos árboles. Esa es la edad delicada en que el Padre debe educar á sus hijos en «aquella disciplina y corrección del Señor» que recomendaba San Pablo á los de Efeso (1); edad que pudiera compararse al equinoccio de la primavera ó al árbol en flor cuando amenazan los huracanes. Mas cuando se

(1) VI. 4.

ha doblado felizmente ese cabo peligroso del mar de nuestra existencia, con la exuberancia de la vida se aumentan los encantos del amor filial y de la paz del alma; y el hijo que ántes descansaba entre los brazos de sus Padres, se recuesta todavía sobre su pecho, asemejándose á las ramas de esos sauces que caen graciosamente sobre su tronco. Y entre las efusiones del amor la obediencia crece, y de la obediencia nace el respeto, del respeto la virtud, de la virtud la gloria, gozándonos ya entónces con el bellissimo espectáculo de un hijo que habiendo seguido aquella preciosa máxima de San Bernardo, «si quieres ser sábio, sé obediente,» (*Si vis esse sapiens, esto obediens*), (1) hace reflejar sobre el rostro de sus Padres los rayos de su ciencia, ó ya alegra sus dias con las caricias de nuevas y castas generaciones, ó ya consuela su vejez con las dulzuras del Sacerdocio.

Algunas veces, Señores, una pequeña nube cruza por esa atmósfera azul y despejada. Alguna ligera falta de la juventud, algun rasgo severo de la autoridad paterna han sembrado allí un dolor ó una lágrima, y entónces viene la Madre, el Angel mediador de la familia, para dulcificar los ánimos y devolverles el reposo, con todo el atractivo de su solicitud y todo el secreto del amor á sus hijos, que casi parece rayar en el misterio. ¡Oh dulce nombre de Madre, como purificas los lábios y conmueves el corazon! ¡Cuán felices somos, hermanos míos, los que gozamos la dicha de poseer una Madre! Una Madre no tiene mas que latidos de amor, sonrisas de pureza y llanto de ternura para el hijo de sus entrañas: el sacrificio de una Madre por la felicidad de su hijo será el más íntimo de sus goces. ¡Madre mía,

(1) In *Serm. de Epiphania.*

cuanto te amo! Cuánto pienso en tí cuando estoy ausente de tu lado, y cuánto sufro cuando considero el pesar que te causa mi ausencia! ¡Madre mía! Cuando me asalta la terrible idea de que puedo perderte, yo suspiro y gimo sin cesar, yo quedo anonadado y sin aliento: pero mientras mi vida permanezca unida con tu vida, yo no me conceptuaré jamás enteramente desgraciado.

¡Padres de familia! Si el genio maléfico del error, si una loca é insensata filosofía han podido llevar su funestísimo influjo hasta el seno de vuestros hogares, escudaos contra ellos con las purísimas enseñanzas de la Iglesia Católica. La educación que no se inspira en esa celestial doctrina hace que la voz de las pasiones principie á resonar desde la adolescencia en el alma, como el ruido del viento en los cañaverales, hasta que el vicio consume ó marchita la juventud, sorprendiéndonos tal vez en edad muy temprana la desventura y la muerte. Por el contrario, la sumisión y el amor respetuoso que se recogen en el hogar regenerado y ennoblecido por el Catolicismo forman gradaciones admirables. El hijo que obedece á su Padre es temeroso de Dios, adora sus misterios y acata la autoridad de la Iglesia: el cristiano que teme á Dios y obedece á su Iglesia, respeta y obedece á las potestades legítimas: el ciudadano que obedece á las potestades legítimas sabe servir y amar verdaderamente á su Patria.

Resumiendo ya, Señores, las ideas del presente discurso, diremos que el hombre no puede procurar su engrandecimiento por sí mismo, y que en el orden religioso, en el orden social y en el orden doméstico necesita obedecer á una autoridad que le ilustre, que le sostenga y le reprima. Sin esa obediencia salvadora, no

brillará en el hombre la verdad por lo limitado de su inteligencia, no el orden por el desconcierto de sus facultades, no la fuerza por la debilidad de su aislamiento, no la virtud por la seducción de sus pasiones, no el pudor por la frecuencia de sus miserias. Volvamos, pues, otra vez más nuestra vista hácia ese varon admirable, modelo de la obediencia cristiana llevada hasta la abnegacion mas profunda, y aprendamos de él á no tener ni un destello de la inteligencia para la soberbia, ni un latido del corazon para las ambiciones, ni una excitacion de los sentidos para los placeres mundanos. Antonio de Pádua nos enseñará el sublime secreto de alcanzar la sabiduría en la humildad, el bienestar como ciudadanos en la justicia, los éxtasis inefables del alma en la caridad; humildad, justicia y caridad que nacen, crecen y se perfeccionan en las prácticas fecundísimas de la virtud de la obediencia, que ciñe la corona del triunfo á quien la sigue en todos sus caminos. *Vir obediens loquetur victoriam*. ¡Ojalá, hermanos míos, que al dirigir hoy Antonio una mirada á nuestros corazones no tenga que retirarnos esa dulce sonrisa con que han querido retratarle los escultores, y nos encuentre preparados para el bien y abierta nuestra alma á la lluvia de la gracia divina!

Y tú, Antonio de Pádua, hombre privilegiado del Señor! Yo solo tengo ya que dirigirte una oracion breve y sencilla; pero te ruego fervoroso que la hagas penetrar en el cielo por medio de ese Niño Divino que te sonríe y te ama. Yo imploro á Dios, por tu mediacion y tu auxilio, la victoria completa de la Iglesia católica sobre todos sus enemigos, y la conversion de estos al regazo de su buena Madre; la paz y la ventura para este Pueblo que se goza en tus cultos; la continuacion de las visibles bendiciones de la gracia sobre la familia que

mas especialmente los consagra; un destello de la fecundidad de tu palabra, de tu obediencia y de tu abnegacion para nosotros los ministros del Santuario; y para todos los que han venido hoy á adorarte y bendecirte delante de tu altar la gloria eterna de la Jerusalem celeste.. AMEN.

## SERMON TERCERO.

*Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.*

Tened caridad, que es el vinculo de la perfeccion.

Coloss. III. 14.

**H**ERMANOS MIOS:

Cuando el alma cristiana medita con santo recogimiento sobre el misterio altísimo de la Redención del mundo por Nuestro Señor Jesucristo, mira la imaginación brotar del pié mismo de la Cruz un árbol magestuoso que había de dar á la humanidad sombra con sus hojas, aroma con sus flores y alimento con sus frutos. Es el árbol de la doctrina católica, en el cual se contemplan tres virtudes celestiales que, partiendo del trono mismo de la Divinidad, cambian la faz del Universo.

Las ramas de ese árbol pueden simbolizar adecuadamente la fé; porque así como las ramas existen sin la flor, la fé puede existir sin la esperanza. La flor, que supone el ramaje, simbolizará la esperanza, que supone la fé. El fruto, resultado ya del verdor y de la flores-

cencia, puede simbolizar la caridad, precioso resultado de la fé y de la esperanza y su mas hermoso complemento. Todas estas virtudes tienen por objeto al mismo Dios y por motivo una de sus perfecciones; la fé su Suma Verdad, la esperanza su Sumo Bien, la caridad su Bondad Suma: mas habiéndose realizado la Encarnacion del Verbo y la muerte de Jesucristo por el amor al hombre, la caridad habia de obtener un lugar muy preferente; habia de constituir el fondo y como el resumen de toda la doctrina evangélica, siendo, por consiguiente, la más amable, la más bella, la más fecunda de todas las virtudes.

*¡La caridad!* ¿Sabeis bien, Católicos, lo que es la caridad cristiana? ¡Ah! La caridad es el aliento del cielo enviado sobre la tierra, y acompañado de la fragancia y la luz que despiden las moradas empíreas. La caridad es la virtud que une al alma con su Dios en esas elevaciones del espíritu que llegan hasta el arrobamiento, y que por la propiedad reflexiva de esta union prodiga luego entre los infortunados del mundo innumerables beneficios y consolaciones inefables. La caridad es el sentimiento que todo lo sufre, todo lo perdona, todo lo reparte; cuyas sonrisas y cuyas lágrimas son igualmente dulces y bienhechoras, y cuyos pasos dejan una huella indeleble en el camino de la vida, estela permanente de una bendita nave que cruza en todas direcciones los mares anchurosos de la humanidad regenerada.

Hoy me propongo, Señores, haceros conocer las santas hermosuras de la caridad cristiana, en los hechos de un hombre privilegiado que asombró á las generaciones de su tiempo con las mas grandes manifestaciones de aquella virtud sublime, y que ha recibido en toda la sucesion de los siglos elocuentes testimonios del entu-

siasmo y la gratitud de los pueblos. Recorrer y examinar á fondo la admirable existencia de Antonio de Pádua es, en efecto, dar alas á los espíritus elevados para irse remontando gradualmente hasta el ideal del amor; é infundir en los buenos corazones el deseo veheméntísimo de esparcir por todas partes la paz y la ventura.

Antonio de Pádua apareció desde luego al mundo entre las claridades de los amores divinos. Las luces de la aurora no son mas puras que su infancia; el sol de mediodia no es mas regenerador que su juventud; el fuego de los incendios no es mas intenso que la llama de amor que le consume. Por donde quiera que sigamos sus pasos veremos siempre en su mano un bien que repartir y adivinaremos otro bien en su mente para repartirlo despues; asemejándose á esos árboles que conservan aun el fruto sazonado del año presente y enseñan ya la flor del fruto venidero. Cierto que Antonio de Pádua no ha podido, como su santo Maestro Francisco de Asís, dedicar su vida entera á implorar y distribuir la caridad de la limosna: ni le fué tampoco dado vivir constantemente junto á los enfermos y los moribundos, como lo haría mas tarde Juan de Dios, nacido en su misma patria. Pero abriendo, en cambio, su corazon á los suaves llamamientos de la gracia del cielo, vida de todo amor, Antonio difundió los tesoros de la caridad en el ejemplo de sus heroicas acciones, en el calor de su vivificadora palabra, en la pródiga é incesante distribucion de todos los beneficios. Diríase con razon que en esa breve existencia donde pueden percibirse á la vez las mas altas virtudes, la caridad resplandece sobre todas ellas como un arco de luz.

Si en este dia, Señores, he preferido fijarme en esa especial virtud del Santo de nuestras oraciones, es porque encuentro á la sociedad contemporánea especial-

mente necesitada de las enseñanzas y las prácticas de la caridad cristiana. El hombre de nuestra época parece no cuidarse del mundo de lo sobrenatural, y alejado, por tanto, de la fuente de los amores purísimos, ha dado en su alma cabida a todas las violencias del odio y a todas las exigencias del mas duro egoísmo; de cuyo embate han surgido los temerosos problemas que agitan a nuestras sociedades.

Pues bien; a todos los hombres ávidos de grandeza ó de abundancia, que no quieran realizar sus afectos ni sus fines en las derivaciones del amor infinito, con la vida de Antonio de Pádua les probaremos que *la virtud de la caridad es el lazo de perfección que realiza y asegura la felicidad de los pueblos.*—*Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.*

Bien quisiera, Católicos, derramar sobre vosotros algunas gotas de aquella lluvia copiosa que la palabra de Antonio de Pádua hacia caer sobre sus contemporáneos, del cielo de la verdad; gotas cristalinas a través de las cuales pudiérais distinguir todos los atractivos del bien, como a través de las gotas de rocío se divisan los mas seductores matices de la flor. Pero ya que no me sea dado con mi palabra ruda, oremos al Señor para que ilumine nuestro espíritu, y elevemos a la Santísima Virgen la inspirada salutación del Arcángel. *Ave gratia plena, etc.*

La caridad es la palabra mas dulce y mas misteriosa á la vez de la doctrina católica, porque es la sustancia de todo amor verdadero y purísimo en su sentido mas comprensivo y augusto. Cuanto hay de grande y

de pasmoso en la creacion del Universo, cuanto este encierra de belleza y armonía, cuanto ennoblece y dignifica al sér humano, se resuelve en la caridad; así como todo lo que ha trastornado los mundos, todo cuanto hace pequeño al hombre y turba su reposo y su dicha, es la violacion fatal de aquella ley santa del amor del Altísimo.

¿No visteis alguna vez, Señores, esas águilas que se remontan entre el azul del espacio; hasta casi perderse de vista, y descienden luego rápidamente á la cortadura de la roca para dar el alimento á sus hijuelos? Pues hé aquí un emblema perfecto de la virtud de la caridad cristiana. Ella eleva las almas por la oracion y el éxtasis hasta la contemplacion de las cosas celestiales, hasta la union con Dios en cuya inmensidad se confunde; y despues se revela de súbito en sacrificios portentosos y en acciones heroicas, que se circunscriben y determinan en nuestro derredor, ora para enseñanza y aviso de los que sonrien y gozan, ora para confianza y consuelo de los que lloran y sufren. El rasgo de amor místico que casi identifica con Jesucristo el corazon del hombre, desprendido de la idea de la recompensa, es aquel ideal de la caridad en cuyas especulativas esferas llegó á extraviarse un instante, por el exceso de su piedad, el virtuoso Fenelon, acusado por la teología severa del ilustre Bossuet. Pero es tambien caridad todo deseo del alma por el bien de nuestros hermanos; la limosna bienhechora, el consejo prudente, la frase afectuosa, la mirada de benevolencia que cruzamos con ellos en la marcha acelerada de la vida, con tal que esa mirada, esa frase, ese consejo, esa limosna se relacionen en alguna manera con la causa suprema del amor, que es Dios.

Vamos ahora nosotros á recoger la confirmacion de los pensamientos que preceden, las pruebas de esas di-

versas revelaciones de la caridad, en el exámen de la vida de Antonio de Pádua.

La infancia de Antonio se deslizó apaciblemente en brazos de la gracia que todo cristiano adquiere por el primer Sacramento; y cuando su razon principió á dar sus ya claros destellos y su conciencia á formar juicio del valor moral de las acciones, él divisó entre las bellezas del cristianismo una fuente sellada, donde corrió á apagar la sed de su inteligencia y de su corazon. Esta fuente era la devocion de la Santísima Virgen, y en ella bebió con avidez Antonio aquellas aguas vivas que habian de fecundizar en él tan prodigiosamente los gérmenes de la caridad.

Desde esta hora afortunada, todo en aquella privilegiada existencia daba feliz indicio de su maravillosa santidad. La imaginacion, tendiendo irresistiblemente sus alas y dando forma á lo que es incorpóreo, cree distinguir al Angel bueno que de continuo acompaña á Antonio de Pádua en su escogida senda. Hé aquí porqué en su cándido rostro jamás ponen la mas ligera nube ni una vana palabra, ni una ambicion pasagera, ni una ráfaga impura del alma que custodia. Y en tal manera la gracia de los cielos descendia de las alturas sobre aquel sér predestinado, que sus purísimas corrientes iban á derivarse sobre el mundo en todas direcciones.

La gracia es la expresion mas completa de las misericordias de Dios; es el fruto mas sobrenaturalmente fecundo de los méritos de Jesucristo; es, por decirlo así, la esencia misma de la caridad infinita.—«La gracia, escribió San Agustin» es una inspiracion del amor divino, para hacernos practicar, por medio del mismo amor, el bien que conocemos. (1)»—«La gracia, decía

(1) Epist. ad. Bonif.

Santo Tomás de Aquino, » es la gloria naciente en nuestros corazones. (1)»—«La gracia, enseñaba San Bernardo, es aquella virtud que consiste en un odio, un desprecio y un deseo: el odio de los placeres, el desprecio de los bienes materiales y el deseo de la felicidad eterna. (2)» La gracia, en suma, es el don sobrenatural, preveniente, gratuito, que va moviendo al alma con una delectacion interior que la hace ejecutar el bien: no aquella delectacion gradual, relativa, y siempre en violenta y desesperada lucha con la delectacion terrena, como inventó el Jansenismo; sino una delectacion sencilla, absoluta, celestial, que sin disminuir la libertad del hombre, le deja ver como por intuiciones misteriosas todo lo verdaderamente grande, lo verdaderamente bello, lo verdaderamente bueno. La influencia de la gracia sobre el alma cristiana es, en verdad, prodigiosa é invisible, como el influjo de la luna sobre el mar: —«pero hay un medio infalible para conocer la gracia, dice un Apologista de nuestros dias, y ese medio es recibirla. (3)»

Antonio de Pádua acogió, pues, en toda la medida con que bajaba sobre él la gracia de los cielos, y se estableció desde luego entre Dios y su corazon aquel comercio de amor con cuyos tesoros había despues de enriquecer tantas almas. Todas las grandezas y las seducciones humanas concurrían en torno suyo para poner asechanzas al espíritu del adolescente; pero el aliento del Señor que «sopla donde quiere»—*Spiritus ubi vult spirat*—(4) le hizo ver que aquellas sombras engañosas eran vapores fugaces de las vanidades de la tierra.

(1) Secund. secundæ. q. 23, art. 3.

(2) De libero arbitro.

(3) Aug. Nic. *Estudios filosof. sobre el cristianismo*, cap. XV.

(4) Joann. III. 8.

Antonio pensó en la soledad para esquivar los insistentes halagos con que le solicitaba el mundo, y para vivir más íntimamente con Jesús en los recogimientos del amor. Nada más á propósito para entregarse á la austeridad de la virtud y á la mortificación de los sentidos que la soledad de los claústros. — «Yo daré en el retiro cedro y espiyo y arrayán,» dice con Isaias (1),» y como David «quiere alejarse huyendo hácia los lugares solitarios.» (2).

Joya brillante del estado religioso, Antonio honró por algunos años el Instituto que debía su origen al sábio y Santo Obispo de Hipona. Pero viviendo ya en su tiempo Francisco de Asís, Antonio de Pádua debía pertenecerle; que dos hombres como ellos parece que habían forzosamente de encontrarse, conocerse y amarse.

Francisco de Asís, Señores, era el alma enferma de caridad que exclamaba en sus sobrehumanos ímpetus:

«Amor, amor, Jesús, ven á mi lado;  
eres, Amor, mi vida

y he de morir de amor;» (3)

místico fuego que hizo que el mismo Jesucristo se dignase imprimir en su siervo las señales del más glorioso de los sacrificios. Antonio de Pádua era el corazón de tan incomparable ternura, de suavidad tan celestial, de tan santo candor, que merecía ver descansar sobre él, departir con él, regocijarse con él al amoroso Jesús, en forma de hermosísimo niño. Francisco de Asís no se concibe sin la impresion de sus llagas: Antonio de Pádua no se presenta á nuestra mente sin el pequeño Je-

(1) XLI. 19.

(2) LIV. 8.

(3) Citad. por Cantú, *Hist. Univers. epoc. XII. cap. V.*

sus que le sonríe. Ambos anhelaron tocar a la cúspide del amor con la ofrenda del martirio, y a los dos les detiene en su camino el dedo de la Providencia. Pero una y otra vida pueden condensarse en una aspiración idéntica, en un pensamiento único, bañarse en la luz esplendorosa del amor divino, e irradiar los reflejos de esa luz sobre la humanidad entera.

Colocado inesperadamente Antonio sobre el suelo de Sicilia, Italia gozará la envidiable fortuna de ser la Nación primera que contemple la vida pública del héroe; vida que ha de presentar ya un interés siempre creciente, puesto que adonde quiera que intentemos seguirle encontramos el teatro de su fama. Si hasta entonces se había distinguido Antonio en el silencio del Monasterio por los aromas de la contemplación y la virtud, ahora habrá de conocerlo el mundo todo por los sonoros ecos de su poderosa palabra.

Antonio de Padua se había dedicado al estudio desde sus primeros años; y profundizando, en los intervalos de su oración y de sus penitencias, el sentido de las Escrituras y las Obras de los Santos Padres, llegó a rayar por su ciencia a la altura de los mas esclarecidos talentos. Pero como poseía otra cualidad mejor, más rara, más útil y fecunda, porque poseía la humildad de los Santos, de un lado refuso constantemente ocupar el puesto que le correspondía entre los sabios, y de otro, jamás acarició su mente ni una elación fugaz de aquella ciencia extraviada que se enseñaba en su tiempo, ciencia tan parecida en su fondo y hasta en su forma a la filosofía panteísta y al racionalismo de los siglos modernos.

Sucedio, no obstante, que un día uno de los Superiores de Antonio, movido, sin duda, de superior impulso, tocó con su autoridad en aquel espíritu obedien-

te; y al modo que de la roca de Horéb, tocada por Moisés, brotó instantáneamente el agua saludable, así de los labios de Antonio de Pádua comenzaron á correr los raudales de una ciencia purísima, que había de enriquecer tantos entendimientos, desde el recinto de las Escuelas hasta las campiñas y las playas; desde la morada de los Pontífices hasta el alcázar de los tiranos.

De la dulzura de las palabras de Antonio están siempre pendientes muchos millares de hombres. El forma una generacion interesante en aquella Teologia elevadísima que debió recoger en las obras del Obispo Tajon y San Juan Damasceno, de San Anselmo é Hildeberto de Tours, tan ordenada, tan luminosa, tan pura, hasta que ciertos Doctores Parisienses, sectarios exagerados de Pedro Lombardo, sembraron sus numerosos escritos de dudas, sutilezas y frivolidades. Antonio ataca incansable el error, le vence, le aniquila, penetrando su voz dulce y vibrante hasta en las más secretas fibras de los espíritus endurecidos. Antonio discute con razonamientos invencibles y trabaja con energia suprema, á fin de mantener en toda su pureza el espíritu de desprendimiento y abnegacion que imprimió á su Regla el Serafin de Asís; espíritu que las vanidades del siglo y las miserias humanas habian logrado alterar con una perturbacion pasajera. Antonio anuncia el Evangelio en una ocasion solemne dentro de la ciudad Eterna y ante el Vicario de Cristo; y todas las gentes de diversas naciones que componen aquel auditorio inmenso, le escuchan y comprenden en sus respectivas lenguas, como si el intenso amor que abrasaba aquel alma hubiese de pronto hallado el secreto magnífico de un idioma universal y único. El sábio Pontífice Gregorio IX exclamó conmovido al presenciarse aquel milagro: «En verdad que este varon de Dios es Arca viva del Sagrado Testamento.»

Hé aquí, Católicos, la ciencia verdadera, la ciencia que dá frutos de bendicion para los hombres y las sociedades, aquella ciencia que se adquiere, que vive y que se hace en cierto modo con el auxilio del amor, segun esta hermosa frase de San Pablo: *Veritatem facientes in charitate* (1). Pero la ciencia que no sube á impregnarse de luz y de belleza allí donde la verdad tiene su asiento, donde el amor nace y el bien se comunica, lejos de producir adelantos reales y duraderos conduce necesariamente á los pueblos hácia su postracion y desventura.

Por esto, cuando se recorren las páginas de la historia, y muy especialmente de la Historia Eclesiástica, puede desde luego observarse que los errores mas funestos y trascendentales para las sociedades tomaban su origen en el pecado que mas directamente se opone á la caridad; en el pecado de la envidia. En brevisimas frases haré de esta verdad una demostracion completa. Simon Mago, envidioso de los milagros de San Pedro; Novaciano, de la elevacion de San Cornelio á la Silla de Roma que ambicionaba para sí; Arrio, del saber de su Obispo Alejandro; Vigilancio, de la fama de San Gerónimo; Pelagio, de la gloria de San Agustin; Nestorio, del triunfo que alcanza Proclo en el discurso donde combate sus doctrinas; Focio, del Patriarca de Constantinopla Ignacio; Berengario, del sabio y bienaventurado Lanfranc; Wiclef de la preferencia dada á otros compañeros en el Colegio de Cantorbery; Lutero, precipitado por Juan Staupitz, General Agustino, envidioso de que la predicacion de las Indulgencias se encomendase á los Dominicos. Y en pos de esto, y paralelamente al Jansenismo, envidioso tambien desde Janson y Janse-

(1) Ephes. IV. 15.

nio de la gloria que rodeaba á los preclaros hijos de Ignacio de Loyola, se ven cruzar en confuso tropel esos centenares de sectas en que se fracciona la heregia protestante, que, ya aceptando la Regla de fe *teosófica*, ó de iluminacion interior, que produjo los vértigos y obscenidades de los Anabaptistas en Alemania, de los Herihutistas en Moravia, de los Cuákeros en Inglaterra, ya admitiendo la Regla *racional*, ó sea del libre exámen, que registró tan numerosas disidencias desde el Anglicanismo hasta el Puseismo, se envidiaron y se odiaron todas entre sí, tanto, al menos, como ellas odian juntas á la Iglesia Católica.

Descendiendo ahora á las sociedades modernas, no será mas difícil probar que si en medio de su loco envanecimiento por su saber y sus progresos las Naciones se arman y se combaten con encarnizamiento, los Pueblos exhalan los ayes de la miseria y el pobre expia la ocasion de mejorar su fortuna por reprobados medios, es porque la ciencia humana, y en su consecuencia las acciones humanas se vienen resolviendo en esta triste palabra, el egoismo.

Estudad, si no, esa falsa filosofia, que todo lo ha invadido, y hallareis deificado el *Yo* humano, alterando y queriendo destruir con una subjetividad orgullosa la santa y bellisima objetividad de las verdades cristianas que hace las delicias de un espíritu creyente. El católico tiene ¿quién lo niega? ¿quién lo duda? un *Yo*, como el panteísta y el racionalista; pero es el *Yo* que guarda la conciencia de su origen y su destino, y se humilla en presencia de la majestad de los cielos, y ante la Omnipotencia de Dios. Pero el *Yo* del filósofo, ó mas bien del sofista, es una razon soberana, desvanecida con su poder, que mira al Ser Absoluto dentro de sí, y que jactándose de investigar su Esencia y sus Atributos con

una luz que iguala á lo profundo del infinito, presume temerariamente ser el *Yo* creador, cuando no es nada más que el *Yo* creado. Y de esta ciencia, Señores, que coloca el secreto de toda verdad y todo bien en las complacencias de la vanidad y del orgullo; que no quiere relacionarse con los resplandores de la gracia, fuente de todo amor, solo podían derivarse sobre las sociedades los elementos que en su seno abundaban: confusion y discordias y antagonismos y rivalidades.

La ciencia alumbrada por la caridad cristiana procede, hermanos míos, de otra manera; y ella tiende con anhelo á juntar los espíritus en la unidad de la verdad, á costa de todos los sacrificios. Antonio de Pádua poseía por todo estilo esta sublime ciencia, y él acabará de ofrecernos sus abundantes y sabrosísimos frutos.

¡Cuán bello y conmovedor es contemplar los pasos de ese hombre extraordinario, evangelizando la paz, evangelizando el verdadero bien! Si encuentra Antonio corazones sedientos de vengar las injurias, si él mismo las recibe, solo tiene palabras de humildad y de perdón, y la dulzura de su acento se apodera insensiblemente del alma. Si combate la perversidad del error y aquella corrupcion moral, á la que contribuyeron en no pequeña escala las costumbres de los Sarracenos, tolerados en Sicilia por Federico II, Antonio lanza los amenazadores acentos que á cada paso encontramos en Jeremias y Ezequiel. Si ensalza la virtud y se propone inculcar en el alma la mansedumbre y la piedad, Antonio derrama las nobilísimas y consoladoras palabras que leemos en Daniel y en Isaias. Y cuando alguna vez la suavidad ó la energia de la palabra no basten para obtener el triunfo de su doctrina, lo decidirán sobrehumanamente los hechos.

En vano Guialdo de Tolosa, sectario de Berenger de

Tours, niega el misterio de la Eucaristía, y disputa sobre él con Antonio de Pádua: este, venciendo en la discusión á su adversario, acaba de reducir su vacilante ánimo, realizando un prodigio que dá al instinto del bruto como un rayo de la inteligencia para postrarse arrodillado ante el Sacramento de nuestros altares. En vano el orgulloso Bonivill desprecia su elocuencia y arrastra á la multitud para que no escuche sus inspiradas palabras: el mar tiene habitantes que, como si por un momento hubieran sido dotados de razon, se colocan ordenadamente en la superficie de los mares para oír aquellas enseñanzas celestiales; dándose así una vez el arrebatador espectáculo de ver al mar tender sus redes hácia la tierra y á los peces hacerse pescadores de hombres.

Enumerar aquí los beneficios sin cuento que Antonio va prodigando en el camino del pobre y del desventurado, de todo el que sufre y el que llora; recordar aquellas predicaciones frecuentes que nos le presentan maravillosamente adornado del don de profecía; seguirle en la série gloriosa de sus Fundaciones en Zefahí, en Noto y en Leontino; meditar sobre aquellas conversiones famosas que llevaron á la soledad de los cláustros hordas enteras de malhechores que aterrorizaban la Italia; contemplarle en esos milagros estupendos, que impresionan profundamente el alma cuando los vemos consignados en la Historia Eclesiástica, y que cautivan la fantasía cuando nos los ponderan la tradicion y la leyenda, sería esto, Señores, una empresa irrealizable; sería engolfarse en el piélago de la perfeccion y de la caridad, inmenso y misterioso como el Amor y la Bondad infinitos. ¡Hablad por mí vosotros, mundos de la naturaleza, que tantas veces suspendísteis vuestras leyes para glorificar á Dios por medio de su siervo! ¡Hablad vosotros, oh mundos de la gracia, que inundásteis

con vuestros riquísimos dones al hombre escogido del Señor! ¡Vosotros, afortunados y dichosos lugares que le visteis y admirásteis, cantad sin cesar con vuestro elocuente lenguaje los prodigios de que habeis sido testigos! Y tú, en fin, lecho precioso de la muerte del justo, revélanos los arcanos de amor y de ternura que se encerraron en aquel himno de oro de Venancio Fortunato, *O gloriosa Virginum*, con el cual saludaba Antonio de Pádua á la Virgen Maria, Madre de Dios, en el supremo tránsito de lo temporal á lo eterno!

Católicos; estos seres privilegiados que se ven como salir de las manos del Altísimo para salvar las sociedades en sus mas difíciles y peligrosos períodos, tienen, además, la insigne gloria de servir de enseñanza y ejemplo á los futuros siglos; y la vida de Antonio de Pádua, tan singularmente alumbrada por los destellos de la caridad, debe ser una leccion provechosa para la sociedad actual, trabajada por todos los rencores y todos los egoismos.

Ante ese altar, por tanto, deben venir en primer término, para iluminar su espíritu con un destello de aquella divina llama, los hombres divididos por intereses mezquinos y por livianas ambiciones; esos hombres, sobre todo, que para defender distintas opiniones políticas, conciliables todas entre sí con la idea de lo bueno, lo verdadero y lo útil, han juzgado imprescindible odiarse hasta la venganza y perseguirse hasta el encarnizamiento, dando así á los pueblos un ejemplo fatal que ha ensanchado el círculo de nuestros temores y nuestras desventuras. Orando en esas gradas, conseguirán dejar sin aplicacion estas palabras de un hombre ilustre y poeta inmortal de la vecina Francia, que elocuentemente decía: (1)—«los partidos no son magná-

(1) Lamartine. *Historia de los Girondinos*.

«nimos nunca: las acciones heroicas dimanan del cora-  
 »zon, y los partidos no tienen corazon; solo tienen in-  
 »terés y ambiciones.»—Vengan esos hombres, repito, á  
 aprender en la caridad de Antonio de Pádua que en el  
 mundo de los buenos corazones no debe conocerse el  
 ódio; porque el ódio es la pesadilla de la vida, y el ve-  
 neno del alma, y la ausencia de toda paz y el aliento de  
 la muerte.

¡Ah! Sería en vano ocultarlo. Nos ha tocado la suer-  
 te de vivir en una época aciaga, donde todo concurre á  
 poner tristeza y agitacion en el espíritu. No hay nin-  
 guna gran ciudad donde no reinen el sobresalto y el tem-  
 or: no hay aldea donde los ódios no hayan echado su  
 funesta semilla: no hay hogar donde se abrigue la dul-  
 ce confianza de que será saludado con paz y con júbilo  
 el venidero dia. Es todo confusion y trastorno, desde lo  
 más alto de la sociedad hasta el lugar mas humilde;  
 que llega á punto nuestra desdicha de enseñorearse las  
 pasiones en almas que parecian destinadas á vivir en  
 regiones mas serenas. Y todo ¿por qué? ¿Por qué! Por-  
 que nuestras sociedades han llegado á olvidar las exce-  
 lencias de la caridad, fundamento sin el cual todo edi-  
 ficio que intenten levantar el desvanecimiento y la so-  
 berbia del hombre ha de venir necesariamente á con-  
 vertirse en desolacion y ruinas.

¡Santa virtud de la caridad cristiana! El mundo pue-  
 de desconocerte y menospreciarte; pero las almas rec-  
 tas te enviarán sin cesar sus alabanzas y sus bendicio-  
 nes. ¡Bendita sea, hermanos míos, la caridad, porque  
 ella es el faro inextinguible de los cielos, que lanza sus  
 resplandores vivísimos á los senos de la inteligencia del  
 hombre! ¡Bendita sea la caridad, porque es el bálsamo  
 que cae sobre los corazones lacerados para sanar sus  
 heridas! ¡Bendita sea la caridad, porque es la abnega-

cion que llega hasta sufrir las persecuciones y el martirio, para difundir la verdad en playas lejanas y en mares desconocidos! ¡Bendita sea la caridad, porque es el sagrado rocío que apaga los resentimientos del corazón y cambia súbitamente su ódio en sacrificios fraternales! ¡Bendita sea la caridad, porque es el pan y el oro depositados por el amor de Jesucristo en la mano del pobre, hijo de Dios y hermano nuestro, para conservarle la vida y ennoblecer su espíritu! ¡Bendita sea, por último, esa virtud sobrenatural, que baja de Dios para el hombre y sube del hombre hácia Dios, como esas aves queridas de la imaginación que lo mismo se remontan hasta los pliegues de las nubes que pasan rozando los lagos y las fuentes con sus ligeras alas!

¡O vosotros, ricos de la tierra! Cuán dignos de lástima sereis si no gozais con vuestra fortuna de esos suavísimos encantos de ventura y de amor que produce la práctica de la caridad cristiana! Sabed que la Avaricia es un espantoso pecado, que causa en derredor millares de víctimas; es aquel horrible monstruo que, segun la magnífica expresión de un poeta cristiano,—«tiene »después de haber comido más hambre que antes,»—(1) y que hace del mismo hombre que la abriga el ser más infortunado y miserable. Por el contrario,—«el oro y »la plata, escribía admirablemente Boecio en su Libro »*De consolatione*, brillan más dados que poseidos.»— Y así como la luz del sol no se gasta por despedir sus rayos, tampoco la riqueza se disminuye por repartir sus dones con piedad y con amor. Vuestras limosnas de hoy podrán ser un guarismo que falte en vuestro libro;

(1) Ed ha natura sí malvagia e ria  
Che mai non empie la bramosa voglia  
E dopo 'l pasto ha piú fame che pria.

pero esa falta estará recompensada superabundantemente en vuestros corazones ¿qué digo? lo estará también en vuestro libro á la siguiente página, porque Dios habrá bendecido desde el cielo vuestra preciosa ofrenda.

¡Pobres del mundo, cuánto os amo, cuánto os ama la Iglesia, cuánto os amó Jesucristo! ¿Cuál es la mano impía que intenta arrebatár de vuestra frente la bella corona de una pobreza resignada, cuando desde Belén y Nazareth ver á un pobre es para los corazones cristianos ver casi á Jesús mismo? No hallaríais en la riqueza la paz tranquila que disfrutáis bajo el único árbol que sombrea vuestra choza, ó en la reducida morada donde vivís separados del ráudo torbellino que empuja á nuestras sociedades, ó en el camino donde esperáis sentir sobre vuestra mano el óbolo de la caridad. Hombres sin fé y sin amor que quieren hacer de vuestra sencillez bondadosa un escabel para su encumbramiento, intentan seduciros con ideas pérfidamente halagadoras: pero estudiad la vida de esos hombres y vereis que no siembran jamás la semilla de la caridad entre los necesitados del mundo, y hasta miran desdeñosamente esos campos donde está derramado el sudor de vuestros padres. Se os está haciendo soñar con la igualdad de fortunas; pero decidme, amados míos, ¿no comprendéis muy bien que, aun realizando por un instante esta utopia social, en el día de mañana el hombre que no trabajó, el hombre vicioso, el hombre sin suerte ó sin acierto en sus especulaciones, serán otra vez pobres, y el hombre honrado, el hombre laborioso, el hombre prudente y hábil, serán otra vez ricos? ¿Y habremos entónces de comenzar de nuevo? ¿O habrá poder y sabiduría humanos que pretendan nivelar sobre la tierra el vicio y la virtud, la dicha y la desgracia, y todos los talentos y todas las facultades?

¡Pobres que me escuchais! Yo quisiera veros ricos y dichosos; pero siempre por el camino del trabajo, por las sendas del bien, por los secretos del cielo. Mas en tanto que sufrais, contentaos con volver los ojos hacia aquella Providencia bendita que cuida de la flor y del ave. Y no desconfieis, hermanos míos, de mis palabras, porque brotan de lo íntimo del alma; son hijas del celo del Sacerdote católico, que en este sitio no tiene para los que le escuchan otra cosa que verdad, amor y bendiciones. ¿Ni cómo los pobres han de desconfiar de los pobres? Nosotros, ministros del Evangelio, os decimos la verdad desinteresadamente, porque estamos también muy pobres, acaso más que vosotros mismos; trabajamos también, quizá sobre la medida de nuestras fuerzas, para procurarnos nuestro sustento y el de nuestras familias: y hasta se ha sabido con espanto,—y no lo digo por recargar el cuadro—que no solo ha habido en estos días pobres sacerdotes que han implorado la caridad de la limosna, sino que algunos ¡que horror! han sucumbido al hambre y la miseria. Pero ¡Dios mío! Si tus ministros se han de purificar con la tribulación, con el dolor y con las lágrimas, vengan tribulaciones y lágrimas y dolores sobre nuestras cabezas, para poder mejor alabarte y bendecirte!

Voy, Señores, á terminar con un símil el presente discurso. Los grandes y mansos ríos nacidos en esas montañas de perpétuas nieves que les dan continuamente sus aguas, van recorriendo un camino estensísimo, hasta encontrar en el mar su majestuoso lecho. En su largo decurso, esos ríos bañan frecuentemente pintorescas campiñas fecundizadas por sus brazos bienhechores; van lamiendo encantadoras márgenes, donde diríase que reciben el suave arrullo de la brisa que mece las hojas de los árboles, el perfume de las plantas,

el trino de los pájaros: pero pasan tambien por sitios áridos que parecen menospreciar sus beneficios, ó por entre peñascos elevados donde es todo soledad y pavor, y donde solo creemos sentir la agitada respiracion de amenazadores espectros.

Como esos grandes rios me figuro yo á veces las inagotables bellezas de la doctrina católica, raudal purísimo que ha venido recorriendo y fertilizando durante tantos siglos los campos de la humanidad. Ella ha recibido en todo tiempo los homenajes de prodigiosas inteligencias y las bendiciones de innumerables almas, vivificadas con su virtud, ó enaltecidas más y más por su poderoso influjo; pero algunas veces tambien ha pasado sobre el espíritu del incrédulo y del impío, sin que estos quisieran lavar su orgullo y sus miserias en aquellas cristalinas corrientes.

¡Ah, mis amados hermanos! Yo emplazaría ante la vida de Antonio de Pádua á los talentos extraviados y á los corazones endurecidos de nuestro siglo, y les haría estudiar á fondo los secretos de amor que ella contiene, revelados al mundo en dos de sus manifestaciones mas grandes y fecundas; la caridad del saber y la caridad de las consolaciones. Los hombres de la critica moderna podrian, si así les pluguiera, rehusar su fe á la narracion de las crónicas de la Orden que conserva detalladamente las acciones del héroe, y hasta desdeñar los escritos exagerados de las almas sencillamente piadosas: mas fijándose solo en las reglas de una critica imparcial y razonada, en las inscripciones de célebres y grandiosos monumentos y en las tradiciones mas respetables de los pueblos, el sol de la verdad penetraría seguramente en los entendimientos, para alumbrarlos con sus radiantes esplendores. Los hombres cegados por la ambicion ó sedientos de riquezas y goces materiales, que

corren con una rapidez vertiginosa tras la realización de sus sueños, sin detenerse nunca para socorrer la indigencia, ni para dar un consejo, ni para enjugar una lágrima, comprenderían toda la esterilidad y el vacío, todo el feroz egoísmo en que había girado su existencia, si meditasen sobre los hechos del hombre maravilloso que tanto gozaba con las puras delicias del espíritu, y que repartiendo entre los hombres la sustancia de su propio corazón, sentía, no obstante, que ese corazón tan dividido daba latidos cada vez más saludables en su generoso pecho.

Concluyo ya, Católicos: si los hechos de Antonio de Pádua nos han brindado con religiosas enseñanzas y han despertado en muchos de vosotros profundas emociones, volvamos hacia ese hombre escogido nuestra última mirada, para vigorizar y ennoblecer el espíritu con la influencia de su ejemplo. Si la vida de Antonio de Pádua es luz porque guía, si es fuerza porque combate, si es gloria porque triunfa, es, ante todo, amor porque socorre y salva: y hasta esa expresión celestial que nos le representa como transfigurado ya por el goce de los amores divinos, parece decirnos claramente que la caridad debe ser el faro precioso de nuestra existencia y la flor terminal de todas las acciones virtuosas. Las excelencias y el poder de la caridad no sabrían definirse en toda su grandeza por el más privilegiado entendimiento. La caridad es toda la verdad; la caridad es toda la santidad; la caridad es toda la Omnipotencia; la caridad es toda la eternidad; la caridad es todo el infinito, porque «Dios es caridad» (1) ¡Ojalá, pues, mis amados hermanos, haga el cielo descender sobre nosotros en copiosos raudales esa virtud sobrenatural y divina,

(1) I. Joann. IV. 16.

que sabe regenerar los individuos, que puede devolver su grandeza á los pueblos, y que, siendo vinculo de toda perfeccion, anticipa en esta vida mil bienes inefables que han de consumarse luego en las regiones de la inmortalidad. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* ASÍ SEA.

**SERMON CUARTO.**

*Omnia omnibus factus.*  
Se hizo todo para todos.

CORINTH. IX. 22.

**HERMANOS MIOS:**

Si es siempre grato y consolador para el corazón cristiano venir a esta casa de Dios, donde la paz y la justicia habitan, hoy que los ruidos y las agitaciones de nuestras sociedades ponen tanta inquietud y temor en el espíritu, es mas que nunca necesario llegar á iluminar y á fortalecer el alma al pié de los altares, constantemente alumbrados por el resplandor de lo eterno y de lo infinito. Hoy el mundo, desdeñando las puras enseñanzas de la verdad, se esfuerza y se complace en dar por alimento á las inteligencias el pan de la mentira, «—pan siempre sabroso al hombre,—» en expresion de los Proverbios (1), pero siempre funesto á su verdadera dicha; y aqui, en este recinto sagrado, desde esta santa

(1) Proverb. XX. 17.

cátedra, solo se ofrece al entendimiento humano una palabra que jamás se engaña y que nunca ha mentido, la palabra de Dios. Hoy los celos y las discordias y los odios han abierto abismos ó levantado muros entre corazon y corazon en el camino de la vida; y aquí, donde arde perenne la llama de la caridad en la Hostia de nuestros Tabernáculos, todos venimos á recordar que somos hermanos en Jesucristo, hijos de un Padre comun que está en los cielos. Hoy los hombres de todas las clases se rebelan frecuentemente contra la ley del dolor y del sacrificio, que es ley de nuestra existencia; y es bien fijarnos en esas silenciosas pero elocuentes figuras de los Santos del Catolicismo, cuya memoria está en bendicion porque nos dieron el ejemplo fecundo de todos los desprendimientos, de todas las conformidades, de todas las abnegaciones.

La Iglesia Católica en todos sus misterios y sus festividades tiende á inundar el espíritu del hombre con la luz de verdades altísimas y con los más suaves y eficaces consuelos. Pero hay dias privilegiados en que sus cultos presentan tal aureola de grandeza y tal fondo de ternura, que el alma se siente hondamente conmovida y como instantáneamente regenerada por el soplo vivificador de la gracia: solemnidades interesantes, que colocando en algun modo los secretos del cielo al alcance de nuestra razon y anticipándonos sus inefables delicias, enriquecen la inteligencia con toda la hermosura de la verdad, hacen que el corazon se enamore perpétuamente del bien que el entendimiento conoce, y prueban con evidencia al hombre que la suprema felicidad de la vida consiste en ir dejando en pos de sí beneficios y consolaciones, embellecidos por los ejemplos edificantes de una virtud sincera. A este número, mis amados hermanos, pertenece la fiesta memorable de San

Antonio de Pádua, y solo con pronunciar ese nombre, tan conocido de las almas cristianas, diríase que están ya confirmados aquellos dulces y exactos pensamientos.

El nombre de Antonio de Pádua acude siempre á nuestra mente y á nuestros lábios como el de un sér especialmente cariñoso y amado; como el de aquel amigo que describe la Escritura (1),—«cuya proteccion es poderosa, porque su afecto es fidelísimo.»— De aquella lengua bendita, que la corrupcion de la muerte y del sepulcro habia de respetar, salió sin tregua para las sociedades una corriente de vida. De aquellas manos puras y bienhechoras, la una parecia arrebatár á la naturaleza y á la gracia sus mas ocultos tesoros, y la otra los esparcía despues liberalmente por el camino de la humanidad. De aquel corazon magnánimo brotaban á cada paso, para defender la causa de la verdad y la justicia, ora rasgos de una suavidad inefable, ora arranques de ardentísimo celo, que serán siempre como ondas de inspiracion y de luz para las generaciones de los siglos.

La vida de Antonio de Pádua se representa á la imaginacion cristiana como un vergel amenísimo donde cada uno de los que van á visitarle encuentra la flor que más le agrada: en aquella privilegiada existencia se han aliado en estrecho y amorosísimo vínculo el poder y el amor, la sabiduria y la santidad, todos los secretos de la gracia del cielo y todos los resortes del humano albedrío. Antonio sabrá, por tanto, ofrecerse como Maestro y como modelo á la vez para todos los necesitados de verdad y virtud en la peregrinacion de la vida; *Omnia omnibus factus*: pero todavía en ese conjunto sublime resaltarán admirables enseñanzas dadas por muy especial manera á todos aquellos hombres llamados á

(1) *Eccli. VI. 14.*

influir mas poderosamente en la marcha progresiva de la humanidad regenerada. A los sabios del mundo, Antonio les dará como seguro guia en las investigaciones de la ciencia el faro de la fé: á los poderosos de la tierra, Antonio les dejará sentir esas oleadas de felicidad que inundan el corazon cuando se socorre á los infortunados y se ampara á los débiles: á los ministros del Evangelio, Antonio les trazará la senda de sus altos deberes, enseñándoles á llevar su virtud y su perseverancia hasta la abnegacion y el sacrificio.

Hé aquí indicado ya el pensamiento que ha de dominar en el presente discurso; considerar en Antonio de Pádua;

I. *La humildad de la ciencia, ejemplo para el sábio.*

II. *Las excelencias de la caridad, ejemplo para el poderoso.*

III. *El celo del ministerio, ejemplo para el Sacerdote.—Omnia omnibus factus.*

No sé, Señores, si acertaré á adornar mi palabra con algunas de las galas de la elocuencia humana; pero puedo, al menos, aseguraros que ella será el eco fiel de un corazon que anhela vuestra dicha. Elevemos al cielo una oracion para implorar su auxilio y dirijamos á la Santísima Virgen esta salutacion que acoge siempre propicia: *Ave Maria, etc.*

### PRIMERA PARTE.

Demostrar detenidamente las grandes analogias que, en medio de muy notables diferencias, encuentra el hombre pensador entre el décimotercio y el décimono-

no siglo, sería un trabajo curioso y utilísimo. El pensamiento humano, que en aquellas atrasadas sociedades iba alcanzando prodigioso vuelo bajo la influencia cristiana, buscaba ya con avidez por toda Europa horizontes bañados con los vivos resplandores de la ciencia. Los pueblos, que también bajo la enseñanza de la Iglesia y á la luz del Derecho cristiano iban aprendiendo á reconocer la alteza del origen y del destino del hombre y la dignidad de su sér, comenzaron á establecer con afán, mas no siempre con acierto, las relaciones de su vida civil y política respecto de sus Señores. La Iglesia, que comprendía los peligros gravísimos de aquellos impetuosos movimientos de la razón y del espíritu, trabajaba incansable bajo la dirección de un Pontífice de imperecedera memoria para formar un Sacerdocio digno, modelo de desinterés, de sabiduría y de virtud, que imprimiendo un rumbo salvador á los elementos heterogéneos de que disponían aquellas generaciones, pudiera encaminarlas hácia su bienestar y su verdadero perfeccionamiento.

Y se logró, Señores, esta empresa laudable y nobilísima. La sabiduría que brotaba de la palabra y de la pluma de los postreros Doctores del Cristianismo era una llama divina que había de dar sus resplandores á los mas grandes talentos de las edades venideras. Legislaciones previsoras y sábias, inspiradas en el sentimiento de la Religión y la justicia, se encargaban de regular los derechos recíprocos entre los plebeyos y los señores, y cerca del castillo feudal se fué levantando poderoso y bienhechor el municipio. Aquel Clero fastuoso y descuidado, cuyo fervor y cuyo celo estimulaba con sus predicaciones el Obispo Fulques, se fué asimismo ennobleciendo y regenerando al influjo de los mas edificantes ejemplos. Y de este modo, Católicos,

al amparo del sentimiento religioso y de la fé cristiana, adquirieron su desenvolvimiento y desarrollo los elementos constitutivos de una civilizacion fecunda; de aquella civilizacion, que mostrándonos en sus primeros dias la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino y los Cantos inmortales del Dante, llevó por toda Europa sus luminosos esplendores, brillando luego con toda su gloria y su pureza en el reinado de Isabel la Católica y aun en el Pontificado de Leon X, en cuya época vendría á eclipsar sus hermosuras y á embarazar su marcha un acontecimiento infausto, la heregia Protestante.

En el siglo XIX, Señores, como en el siglo XIII, la razon humana se ha lanzado con increíble delirio en busca de la ciencia, intentando sondear todos los secretos de la naturaleza y hasta los arcanos de lo infinito. Los Pueblos, ávidos de derechos y de libertades, han planteado tambien temerosos problemas, para cuya solucion estudian y trabajan sin descanso los politicos y los economistas. Y ante ese vértigo de los sábios, ante esa confusion de ideas, ante tantas encontradas aspiraciones como ajitan á la sociedad contemporánea, la Iglesia Católica y su Pastor Supremo aumentan sus desvelos, multiplican sus fuerzas, inflaman su caridad, exhortan á la sabiduría y la virtud á los operarios del Evangelio, para que á costa de su reposo, á costa de sus sacrificios, dando, si necesario fuese, su sangre y su vida, procuren disipar las nubes del error y calmar ese Océano hirviente de enconadas pasiones en el que amenazan naufragar las actuales sociedades.

Desgraciadamente, hermanos míos, la inteligencia del hombre, deleitándose hoy en la sofisticada y halagadora palabra de los imitadores de Abelardo, mejor que en los sólidos razonamientos de los que bebieron su doctrina en las obras de Alberto el Grande, de Santo To-

más y San Buenaventura, ha sido extraviada hasta el paroxismo del orgullo; y emancipada del yugo suave de la fé, no ha contribuido realmente sino con frutos peligrosos y nocivos al progreso de nuestras sociedades. Los políticos que estudian el arte de gobernar los pueblos; los sábios que se engolfan en los problemas de la ciencia económica; los poderosos que sueñan con las superfluidades de la vida, no quieren comprender que sin justicia y sin amor no hay bienestar posible, así como sin luz no hay vejetaciones lozanas; y diríase que se han propuesto cancerar las llagas de nuestra sociedad y encontrar más y más los rencores entre los que gozan y los que sufren. El anciano venerable que rije hoy la nave del pescador; ese bondadoso Pontífice, de cuyos lábios brota la inspiracion de los Profetas y en cuyo pecho late un corazon de mártir; ese varon extraordinario que ha heredado de Inocencio III la elevacion de carácter, de Honorio III la santidad del alma, de Gregorio IX el amor de la sabiduría, lejos de haber disfrutado, como ellos, de los esplendores de la grandeza, está llorando sin tregua la ingratitud de los hombres: y hasta al Sacerdocio que él se afana en instruir y en santificar con su palabra y con su ejemplo le ha visto por todas partes, ora oprimido y vejado por los gobiernos, ora pobre y necesitado hasta implorar la caridad de la limosna, ora, en fin, rodeado de asechanzas y seducciones tales, que alguna vez, ¡oh dolor! algunas ovejas descarriadas se han alejado del aprisco de sus Pastores legitimos.

De todas estas observaciones viene á desprenderse una verdad inconcusa, que desconsuela el espíritu. El siglo XIII, envuelto aun en los oscuros senos de la Edad Media, pero sumiso á la autoridad de la Iglesia, é inspirándose en sus puras enseñanzas, que armonizan las relaciones entre la materia y el espíritu, caminaba con

lento pero seguro paso á una civilizacion verdadera. Y el siglo XIX, con todos sus portentosos descubrimientos, con todos sus adelantos científicos, con toda su exuberante cultura, por haber rechazado la direccion y el auxilio del catolicismo, dejando que el elemento material y mecánico se sobreponga al elemento moral y religioso, va conduciendo precipitadamente á las sociedades hácia su decadencia y su ruina.

Volviendo ahora, mis amados hermanos, al objeto principal de estos solemnes cultos, diremos que si la vida de Antonio de Pádua ofreció en tan rica medida á las generaciones que le contemplaron luz para el entendimiento, ternura para el corazon, fervor y abnegacion para el espíritu, el recuerdo de sus gloriosos hechos podrá servir de enseñanza saludable y de salvador remedio á las generaciones presentes, inculcando, como os he indicado, en los sábios la humildad de la ciencia, en los poderosos las hermosuras del amor cristiano, en los Maestros de la verdad el celo de su ministerio. *Omnia omnibus factus*. Recorramos ya, siquiera sea ligeramente, la existencia bendita de ese varon insigne, tan amado de Dios y de los hombres.

La niñez de Antonio de Pádua fué deslizándose entre los tiernos cuidados de una madre cristiana, que le llevaba frecuentemente al templo para enseñarle á amar á Jesucristo; y cuando su inteligencia llegó á entrever los misterios de la cruz, debió divisar ya en la coronacion de aquel árbol sagrado al Angel que habia de custodiar su vida. Tendió su mirada por aquella naturaleza espléndida que le habia visto nacer, y todo le habló de Dios y de la virtud. A semejanza de aquellas pintorescas colinas que dominaban la antigua *Olissipo*, la *Felicitas Julia* Romana, el pensamiento de Antonio se elevaba hácia las claridades del cielo. Aquel rio cau-

daloso, abrigo de la nave, que se abraza dulcemente con el mar, pareció decirle en misterioso lenguaje, que en el mundo de lo sobrenatural las aguas de la gracia son tambien puerto seguro contra las borrascas de la vida. Aquellas alamedas frondosísimas, aquellos encantadores bosques cercanos á la Ciudad famosa, le llamaron asimismo con sus perfumadas brisas y con el cantar de sus aves hácia los solitarios recintos donde el alma se une mas íntimamente con Jesús, elevándose en alas de la contemplación hasta el recogimiento y el éxtasis.

En vano las grandezas humanas desplegaron entonces todos sus atractivos para seducir el espíritu del adolescente: los esplendores celestiales vinieron á eclipsar esos fantasmas de gloria é inundaron de delicias aquel corazón privilegiado. Fué este, Católicos, el pacto solemne de la gracia divina con la libertad humana: pacto que la razón sin la fé no alcanzará jamás, porque es superior á toda ciencia; pero que encierra, nó obstante, el secreto de toda verdadera grandeza y el resorte eficaz del progreso de las sociedades.

Adivinando quizás que su elevada inteligencia iba á necesitar algun día de una palabra poderosa, Antonio fué á buscar esa palabra en una soledad que habla siempre; en el retiro del claustro. Allí principió á adquirir la sabiduría verdadera en el temor del Señor, y Dios quiso enviarle su Verbo y su Paráclito, Palabra y Amor Eternos que penetran hásta el fondo de su espíritu. En la Regla suave de los hijos de Agustín, Antonio aprendió de las primeras revelaciones de una ciencia que ha de llevar hasta los últimos límites: en la Regla austera de los hijos de Francisco, Antonio recogerá aquella chispa de amor que llega á ser bien pronto la llama ardiente que hace anhelar el martirio. Y cuando la Providencia se haya dignado aceptar de la vida de Antonio

de Pádua, no ya la ofrenda de su sangre, sino la ofrenda de sus saludables enseñanzas, él se encontrará, naufrago de la fé y de la caridad, sobre las playas de Sicilia, como para reunir bajo aquel cielo magnífico, en aquel suelo feraz, con aquella poesía naciente, todos los seductores encantos que habian de hacer su palabra más conmovedora y fecunda.

La virtud de la humildad, Señores, esa violeta escondida que embalsama el espacio, ese lucero que alumbra la noche, moraba en el corazón de Antonio, como en su propio nido, y él rehusaba entregar los secretos de su inteligencia al aplauso de las gentes, que suele desvanecer á los sábios, ó á la lisonja y adulacion de los necios, que marchitan las flores del espíritu. Pero es la humildad aquella singular virtud de la que se dijo en los Proverbios que *precede siempre á la gloria* (1): y un día en que á la humildad de Antonio exigió tributo una virtud imperiosa, la virtud de la obediencia, tuvo que dar razón de sus talentos; y asombrando á sus Superiores y hermanos por su Sabiduría, les cautivó con su elocuencia y les conmovió con su dulzura. No parecía sino que de repente hubiese penetrado aquel hombre extraordinario en la ciencia de Dios y aprendido el idioma del cielo; porque derramando desde aquella hora á raudales todas sus armonías, Antonio ilumina la razón del heresiarca, sojuzga al Albigense y al Valdense, brilla en las Academias de los Teólogos, domina, en fin, á aquellas generaciones atónitas, que á través de la palabra del héroe descubren siempre un corazón enamorado del bien y la virtud, ávido de sembrar la dicha y la ventura en el camino de la humanidad.

Antonio de Pádua habia, pues, de ser necesariamen-

(1) Proverb. XV. 33.

te uno de tantos hombres famosos cuya presencia solicitarán los Soberanos y anhelarán los pueblos, para instruirse con sus lecciones y sus máximas y para prestarles el homenaje legítimo de su admiración y reconocimiento. El sábio Pontífice cuyo nombre se ha perpetuado con la compilación de las *Decretales*, quiso conocer á aquel hombre de Dios; y la Eterna Ciudad va á adorar y bendecir una vez más las grandezas del Altísimo en las obras maravillosas de su siervo. Roma, escuchando los inspirados acentos salidos de los lábios de un humilde Religioso, echó de ver muy pronto que aquella palabra poderosa del orador sagrado en la que hallaba el eco de la voz de sus Papas más sábios y elocuentes, era menos de admirar que las predicciones solemnes del Profeta y los hechos portentosos del Tauturgo. Y en los profundos testimonios de su respeto, en los arrebatos del entusiasmo, en las continuas bendiciones que se llevaban á Antonio de Pádua, diríase que Roma quiso ya tributar á su bienhechor y su Apostol, en forma más espiritual y cristiana, aquellos altos honores que había de prodigar mas tarde al Petrarca y al Tasso por sus inmortales poemas.

Pero los honores del siglo afligen á las almas justas, y Antonio logra esquivarlos para vivir más á solas con su Dios. El campo de San Pedro fué por algun tiempo testigo de la más severa penitencia; y entre aquellos ejercicios de una acabada santidad, Antonio fué perfeccionando, como el Doctor Máximo, sus hermosos escritos, Comentarios preciosísimos del Evangelio que habían de iniciar y de fortalecer á tantas almas en la práctica de las más excelentes virtudes.

Hé aquí, Señores, ligeramente bosquejados, en algunos hechos de la vida de Antonio de Pádua, los principales rasgos de la humildad cristiana, que si en pri-

mer término dignifica el corazon, ilumina tambien con torrentes de luz la inteligencia del hombre. A la sombra de esa santa virtud, que solo reside y se contempla en toda su pureza en el fondo de la doctrina católica, se oye exclamar así á todo espiritu creyente. — «Yo quiero engrandecer el pensamiento; pero quiero engrandecerlo con verdades que se encadenen con la Verdad Única, con resplandores que directamente provengan del foco de luz eterno é infinito. Yo quiero amar lo bueno y lo verdaderamente bello; pero no encuentro ni belleza ni bondad sino en lo que es puro y tierno, y toca á mis sentidos sin excitarles, á mi corazon sin herirle, á mi fantasia sin lanzarla en el extravío y el delirio. Yo tengo sed de reposo y mi alma sueña con una felicidad sin fin: pero el reposo y la felicidad sólo se obtienen con la serenidad de la conciencia y los atractivos de la virtud; cuando se ha conseguido sujetar una razon que pretendia emanciparse ó se ha podido dominar una voluntad pervertida.»

No proceden así, por cierto, en nuestros dias la ciencia ni la palabra humanas, que, hechas para la verdad y el amor, y traídas por los cuatro vientos del cielo, se han convertido en huracan que asola, poniéndose de continuo á disposicion del error, del interés, de la passion, de la injusticia, de la calumnia y hasta de la violencia. Contemplad, si nó, esa falsa filosofía, hija del libre exámen que emancipó el pensamiento de la autoridad de la Iglesia, y hallareis que apenas concibe otras ideas que tipos de razon, cuando no son enjendros realmente funestos para los pueblos, proponiéndose arrebatar al entendimiento humano una tras otra las más consoladoras verdades de una sana metafisica. Sí: los modernos sábios que se han lanzado á la investigacion de la verdad con las solas fuerzas de su propia inteli-

gencia, cuando la buena fé les guía os mostrarán el paralogismo en sus libros; cuando les impulsa el odio á la fé católica entristecerán vuestro corazón ó indignarán vuestro ánimo con sus falacias y con sus sofismas.

Podrá objetársenos, Señores, que al influjo de esa filosofía que el Catolicismo condena han adquirido las sociedades lo que gráficamente se llama el espíritu moderno y los beneficios de una civilización que sin cesar avanza. Pero ¡ah! si hemos de tomar la medida de nuestro progreso por la deformidad de las sombras que se proyectan á sus pálidos fulgores y por lo extendido y lo profundo de las miserias humanas, ¡oh, que triste progreso! El hombre ha cargado enormemente la balanza de la materia, y la hermosura del espíritu flota á merced del sensualismo. La Iglesia acepta y ama el verdadero progreso; mas aún: sólo el catolicismo ha producido y puede producir verdaderas civilizaciones. Pero diríase que el hombre de nuestro siglo, ni se alumbra con mejor luz, ni camina con velocidad increíble, ni comunica su pensamiento por el alambre ó por la prensa, sino para buscar las riquezas, y los honores, y los plácemes, y los aplausos y popularidades efímeras, elementos peligrosos y mezquinos, que hacen menoscabarse los bienes del mundo moral, como esos aires sofocantes que merman el grano dentro de la misma espiga. Con tal de que la superficie de todo cuanto vemos aparezca radiante y el mundo aplauda la forma de las cosas, no importa ya carecer de lo que es en realidad bueno y útil y puede contribuir al mejoramiento de los hombres.

En esta sociedad, mis amados, todo vá cayendo ó declinando, como si estuviese en el principio de una pendiente fatal y amenazara precipitarse en vertiginosa carrera. ¡Gran Dios! ¿Quién sujetará esa enorme mole cuando acabe de desprenderse de la cima de la monta-

fia, destruyendo cuanto encuentre á su paso hasta rodar al fondo del abismo? ¡No hay esperanza sino en Ti, Creador y Conservador del Universo, que sabes sacar el bien del mal, el orden del desorden, la felicidad de la desgracia, la vida de la muerte! No hay mas esperanza, hermanos míos, de salvar esta sociedad que parece que volver nuestros ojos á las doctrinas de la Iglesia católica, y buscar la enseñanza de las grandes verdades y el ejemplo de las grandes virtudes en la vida de sus ilustres Santos. Antonio de Pádua, que ya nos ha mostrado cómo se adquiere la luz de la verdad, nos seguirá enseñando cómo se deben difundir los dones de la caridad cristiana en el camino de la vida.

## SEGUNDA PARTE.

El hombre que en los primeros días de su juventud había buscado con afán la palma de los mártires, como poco ántes la había buscado el hombre maravilloso de Asís, y como tres siglos mas tarde pretendería buscarla Teresa de Jesús, daba ya claros indicios de que la llama del amor cristiano había de consumir místicamente su vida.

Para Antonio de Pádua, Católicos, no podía ser suficiente esclarecer las inteligencias con su luminosa palabra, sino que había de ir constantemente dejando en pos de sí consuelos y beneficios sin número. La gracia de los cielos se complacía en acumular sobre él sus más escondidos tesoros, sus resortes mas eficaces, sus efectos mas infalibles; y en la misma medida con que á él se le otorgaban, Antonio iba prodigando esos bienes por entre aquellas generaciones, tan sedientas de virtud y de amor como lo están las plantas marchitas de lluvia ó de rocío. El mundo le parecía pequeño á aquel cora-

zon tan grande para inundarlo con sus dones; y no solo se le ve cruzar y como multiplicarse para esparcir la caridad de la limosna, de la doctrina y del ejemplo; sino que le es tambien concedido trasportarse instantáneamente á centenares de leguas, ya para ofrecer un testimonio de su piedad filial, ya para dar fé de la inocencia acusada y sacar triunfante la justicia.

Los frutos de la caridad de Antonio de Pádua no reconocen ni clima ni estaciones. Por donde quiera que lleva sus pasos; hace del hombre duro el espíritu generoso, del hombre pobre el alma rica, del hombre enfermo el hombre sano, del alma pecadora el alma santa. Cariñoso y tierno con los sencillos y los pequeñuelos; grave y severo con los poderosos, lleva su valor hasta el heroismo con los tiranos. Segun las circunstancias y los hombres que le rodean presenta distintos aspectos su virtud; y en él alternan la suavidad ó la energía, pareciéndose á esas flores que se replegan ó dilatan segun el estado de la atmósfera.

El Langüedoc, la Provenza, el Lemosin, el antiguo Velay, aquellos valles pintorescos y aquellas ciudades magestuosas, fertilizados y embellecidos por las corrientes del Ródano y el Loira, contemplaron innumerables prodigios realizados por Antonio de Pádua, siendo muchos de ellos triunfos decisivos de la fé y del amor sobre el genio del error y del ódio. Y cuando regresa Antonio de aquellas misiones de la caridad á la nacion que miró como su propia Pátria, Italia, entristecida por su ausencia se alegra y se sonríe de nuevo. Roma, Bolonia, Ferrara, Rímmini, Milan, Florencia, Forlí, Faenza, Pádua, sobre todo, la celebre y venturosa Pádua, han visto como reproducidas en su seno las conmovedoras escenas de las orillas del mar de Galilea: y las ondas del Pó, del Brenta, del Arno y del Tiber llevaban la noticia de aque-

Los sobrehumanos sucesos á los diversos mares que reciben sus aguas, hasta tanto que las mismas playas lograrán ser testigos de las más estupendas maravillas.

¡Oh! Cuán dulce y deleitosa, Señores, es esa tierna poesía que se encierra en los Himnos dedicados á San Antonio de Pádua, himnos autorizados por la Iglesia, y en los que tanto se recrean los corazones piadosos! Sin duda que los cronistas y los historiadores han llenado multitud de volúmenes con la relacion de hechos á cuya completa credibilidad no está obligado el cristiano; pero aun cuando se conceda mucho á la exageracion del entusiasmo y á los arranques de un fervor excesivo, un gran número de los milagros de Antonio de Pádua está pasado por el crisol de una imparcial y sana crítica, y consuela profundamente ver que un historiador de nuestros dias, de conciencia y de talento (1), ha consagrado algunas páginas á formar el mas delicado y expresivo Panegírico de Antonio. Admirables y pasmosas á todas luces debieron ser sus acciones, cuando la Iglesia, tan madura en sus juicios, tan detenida en sus exámenes, le colocó á los once meses de su muerte en el catálogo de los Santos, siendo ya desde entónces su proteccion y su nombre tal vez los más invocados en todos los ámbitos del Universo Católico.

Decidme ahora, hermanos míos, si la vida de Antonio de Pádua, iluminada por todo el esplendor de la caridad, no debe ser altamente edificante para las actuales sociedades. ¡Ah! yo quiero repetirlo: el alma se contrista y desfallece al meditar sobre el espectáculo que ofrece la sociedad contemporánea, combatida por mil aversiones absolutas, y en donde todo lo sacrifica el hombre al amor de sí mismo y á su propio interés. Las

(1) Cesar Cantá.

discordias políticas y las pasiones de partido, que yo lamento como la mas terrible desgracia de las grandes y las pequeñas poblaciones, como el mayor mal de mi patria, han desatado el vínculo que debe unir los corazones de los hombres en la paz y el amor, contribuyendo de un modo fatal, que nunca se lamentará bastante, al desarrollo del espíritu anarquista y revolucionario. Pudiera decirse hoy que la ambición se respira con el aire, que la envidia se bebe con el agua, que en el corazón se han enroscado las mas miserables pasiones, á la manera que, segun refieren los viajeros, se entrelazan las serpientes de todos los matices en los nenúfares de algunos lagos de la América. Pocos son los hombres que alargan su mano á los débiles ó se inclinan á consolar el infortunio, y son en cambio muchos los que se ponen miserablemente de rodillas delante del poder y del oro. Se ha depositado la semilla de los recelos y de los odios en el corazón del pobre, que encuentra frecuentemente á su lado quien le precipite y desespere, y casi nunca quien le consuele y le ilumine. Y á tal punto hemos venido, que hoy todos los hombres sensatos miran al cielo del porvenir, y le notan ese color ceniciento que anuncia los terremotos y las grandes catástrofes; que todos oímos ya un confuso rumor que se aproxima, y que no es otra cosa sino el huracán que ruje sordamente en la montaña y va bajando á la llanura para barrer hasta las raíces de la yerba seca.

Señores, es preciso volver nuestras miradas á la virtud de la caridad, si no han de ir sucumbiendo las sociedades como caen los lienzos de un edificio ruinoso. Sacudan en primer lugar el polvo de las miserias humanas, para unirse en el corazón y en el espíritu, los hombres destinados á imprimir su dirección y su marcha á los pueblos ¡Oh vosotros, poderosos del mundo,

los que os llamais hijos del catolicismo, defensores de la justicia y sostenedores del órden, que hoy pedis alianzas contra los enemigos de la religion y de la sociedad, y temblais por vuestra fortuna y por vuestra casa! No todos teneis derecho á quejaros. Yo sé bien que muchos de vosotros habeis enseñado al pueblo con vuestro indiferentismo á menospreciar los tesoros religiosos. Afirmábais que Voltaire era un ateo y un impio, y vuestros actos y vuestra conducta eran, no obstante, volterianos. No; los que así hayais procedido, no os quejéis: lo que sembrásteis..... eso estais cogiendo. Y, entendedlo bien, no habrá remedio eficaz contra ese daño, sino trayendo al pié de los altares una fé inquebrantable, un corazon sumiso y un arrepentimiento sincero. ¡Oh vosotros, ricos de la tierra! Venid á aprender en la caridad de Antonio de Pádua á repartir el bien como óleo santo entre los infortunados del mundo. Si es cierto que en el libro de la ciencia humana hay cuestiones en que los talentos se dividen, y los criterios difieren, y las opiniones varían, y la imaginacion tiende libre su vuelo, no me negareis que hay una hermosa ciencia en la que se unen todos los hombres honrados, y es la ciencia sencilla de hacer bien. Difunda el rico incesantemente sus dones, y comprenderá que la caridad puede compararse al Nilo, que á las tierras de sus márgenes que dieron ya cuatro frutos en un año, las aumenta todavía su fuerza productiva con una inundacion bienhechora. La limosna que pone el rico sobre la mano del pobre no pasa jamás desapercibida para el cielo. Allí se vé hasta la accion de depositarla; allí se oye hasta el tenue ruido que hace al caer en aquel ser necesitado. «La limosna que se reparte en la vida, ha dicho la Escritura (1) es una riqueza que se atesora en el cielo.»—La

(1) Luc. XII,

mano del pobre, escribía un Santo Padre, (1) es como el corazón del mismo Jesucristo.

Pero si la virtud de la caridad, hermanos míos, se prescribe con especialidad al rico, que tiene más que dar, no se recomienda menos encarecidamente al pobre en su respectiva esfera. Porque la caridad no es solo la limosna, sino que es también todo consuelo que reanima, todo consejo saludable, todo amor respetuoso, todo cuanto puede ennoblecer el alma. ¡Ah! Los labios que se acercan á murmurar al oído del pobre palabras de odio contra el poderoso, los malvados que intentan desterrar la confianza de su corazón, la tranquilidad de su ánimo, privándole hasta del tesoro de honradez y de virtud que pudiera legar á sus hijos, son mil veces más culpables que el bandido que despoja de sus riquezas y hasta de sus vestidos á los caminantes. El Evangelio de Jesucristo ha dicho al pobre que su alma está más particularmente dispuesta para la verdad y el amor, puesto que no conociendo sino la sencilla palabra de su Catecismo, fia su saber á la Sabiduría de Dios, descansa en el seno de la virtud que vigoriza su ser y le hace amar el trabajo, vive con los auxilios y las promesas de una religion bendita que le mira con la ternura de su Fundador divino y le dará mejor herencia que la de los bienes del mundo en otra vida que no acaba. ¡Hombres sin corazón y sin entrañas, que excitaís al pobre con sugerencias y doctrinas que no se inspiran ni en la fé ni en la caridad! Respetad su desgracia, y dejadle que duerma, al ménos, tranquilo en su desnudo lecho. La resignación de su pobreza es su más bella corona y constituye su envidiable dicha: dejadle aún ser feliz!

Tales son, Católicos, los secretos de la caridad cris-

(1) Chrysolog., *homil. de Jej. et Eleem.*

tiana, puestos de manifiesto ante el espíritu religioso con el estudio de la bienhechora existencia de Antonio de Pádua. Pero hemos indicado que su vida presenta otra enseñanza edificante; el celo del ministerio de que Antonio suministra ejemplo tan perfecto al Sacerdote católico. Permitidme, por tanto, hermanos míos en el Sacerdocio, que os dedique una parte del presente discurso. No pretendo trazaros la línea de vuestros deberes, que tan á fondo conoceis y que llenareis cumplidamente; ni tampoco se me oculta que mis advertencias y mis reflexiones serían mas propias de esos santos ejercicios en que el hermano habla al hermano ó el Superior se dirige á sus súbditos. Pero el mundo ha llegado á odiarnos con aquel ódio inmerecido é implacable que el Paganismo desplegó contra los Maestros del Evangelio; y es bueno que vea el mundo que nosotros no nos disimulamos la importancia de nuestras obligaciones, y se convenza á la vez de que no hemos de desmayar nunca en el cumplimiento de nuestra mision sobre las sociedades.

### TERCERA PARTE.

Era tan ardiente el celo de Antonio de Pádua por la causa de la verdad y la glorificacion de la virtud, que podía decirse de su palabra como de la palabra de Elias «Ella ardia como un hacha,» *Verbum ipsius quasi fácula ardebat*: (1) llama divina, hermanos míos, que hacia exclamar de este modo al gran San Agustin:— «Fuego es la palabra de Dios; fuego que, calentando »siempre, sólo llega á quemar el pecado, pareciéndose »á aquel que quemaba, sin consumirla, la zarza misteriosa.» (2)

(1) Eccli. XLVIII. 1.

(2) Serm. 18.

De esa palabra viva y eficaz se sirvió incesantemente Antonio de Pádua, no solo para ilustrar á los Sábios y convertir las muchedumbres, sino tambien para reconvenir y exhortar á los Obispos y Sacerdotes de su tiempo, y enseñarles á emplear sus conmovedores acen-  
tos en ensalzar la gloria del Señor y en contribuir al triunfo de su doctrina y de su Iglesia. Por esto decía elocuentemente San Antonio:—«¡cuánto se diferencian  
»los malos Sacerdotes del Sacerdote virtuoso, del buen  
»Obispo figurado en el pelicanó que mata á sus hijos y  
»luego derrama sobre ellos su propia sangre y los rea-  
»nima! Así el buen Obispo hiere á sus hijos con el azote  
»de la disciplina; les mata con la espada de la palabra  
»amenazadora; despues derrama sobre ellos sus lágrimas,  
»y hace germinar en sus corazones el arrepentimiento y la vida del alma.» (1)

Sí, mis hermanos en el Sacerdocio; vosotros constituís como el corazon de la sociedad cristiana y habeis de derivar sobre ella la corriente purísima de la vida del espíritu que la anime y robustezca. El mundo debe contemplarnos siempre dentro del círculo de la verdad y la justicia, fuera del cual solo hay ruina para nosotros y mayor ruina aun para los fieles, porque un mal Sacerdote es la nube colocada entre el sol radiante de la institucion sacerdotal y el ojo humano que por ignorancia ó por malicia es propenso á juzgar de la alteza y dignidad del ministerio por las cualidades personales del que lo desempeña.

Siendo el Sacerdocio, en efecto, el corazon de las sociedades cristianas, claro es que el Sacerdote no puede ni debe alejarse de ellas, si ha de llenar cumplidamente sus elevadas funciones y su mision consoladora: pe-

(1) Sermon. Sanct. Antonii, edit. Paris, 1641, pág. 259.

ro de tal suerte ha de vivir en el siglo que esquite siempre esos atractivos de la vida donde el deleite que se insinúa empaña ya el cristal de la pureza, donde los honores que se nos brindan ponen en inminente peligro la humildad, donde el afán de los bienes materiales resfria la piedad del alma, donde la confusión de las palabras eclipsa por algún lado los esplendores de lo verdadero, donde la maldad del corazón apaga la viva llama de los amores cristianos; pensamientos salvadores que emitía el Abad de Claraval en este suavísimo rasgo de su maravillosa elocuencia: *Periclitatur sacerdotis castitas in deliciis, humilitas in honoribus, pietas in negotiis, veritas in multiloquio et charitas in hoc nequam sæculo.*

He dicho, hermanos míos, que el mundo ódia al Sacerdote católico, y este ódio en la sociedad contemporánea es rigurosamente lógico. El mundo, que ha llegado á odiar todo lo sobrenatural, ódia, por consiguiente, la verdad y la caridad que combaten el error y condenan las pasiones: y como el Sacerdote es, á no dudarlo, la forma humana de la verdad y la caridad divinas, á él se esfuerzan en asestar muy principalmente sus golpes todos los falsos sábios, todos los falsos políticos, todos los corifeos de la impiedad. El espíritu moderno, que si en religión vive de negaciones y en la ciencia se nutre de sofismas, en la historia se goza con la mentira ó con el falseamiento de los sucesos, ha hecho olvidar al mundo toda la gloria que le dimos en las ciencias, en las letras, en las artes; todos los dolores y las lágrimas que calmó ó enjugó el Sacerdote católico en las cabañas y en los hospitales, al lado del pobre y á la cabecera de los moribundos. Y en esa conjuración formada contra la Iglesia, sus Pastores y sus Ministros se emplean indistintamente, ora las acusaciones estú-

pidas del Gentilismo, ora los amañes de los Arrianos, ora la rapacidad de los Príncipes protestantes, ó ya las calumnias y sátiras de la Enciclopedia y la audacia increíble del Ateísmo racionalista que en nuestros días impera.

Y en este tristísimo periodo de aflicción y de amargura ¿como habremos de conducirnos los sacerdotes? ¡Ah, hermanos míos! Mirando al cielo para sufrir la adversidad sin abatimiento ni desmayo: buscando en la cima de la montaña sagrada el auxilio de la gracia de Dios que infunde el don de la perseverancia; y á la vez teniendo abierto en nuestra mano el Evangelio de Cristo, y en nuestros lábios y en nuestro corazón la enseñanza y la práctica de sus preceptos. Nosotros podremos recordar también á este propósito aquellas elocuentísimas palabras con que San Antonio de Pádua se dirigia á los Sacerdotes de su tiempo, y muy especialmente á los que se dedicaban á anunciar la palabra divina.—«Un buen predicador, decía el Santo, es hijo de Zacarías, es decir, de la memoria del Señor; debe tener siempre en la imaginación un recuerdo de la Pasion de Jesucristo: debe soñar con él en la noche de la adversidad, despertarse con él en la mañana de la prosperidad, y entonces el Verbo de Dios bajará á su corazón. ¡Verbo de paz y de vida; verbo de gracia y de verdad; oh palabra que no destroza los corazones, sino que los embriaga! ¡palabra llena de dulzura, que esparce la bienaventurada esperanza en el fondo de las almas que padecen! ¡oh palabra que refrigerará á las almas que tienen sed! (1)

Estamos evidentemente atravesando una crisis terrible en la historia de la humanidad. Hoy se necesita el

(1) Sermon. cit. pág. 105.

poder de la voz que resucitó á Lázaro para separar la inteligencia de las seducciones de una mentida sabiduría; para dominar esas ambiciones desmedidas que han hollado en su delirio todo lo mas respetable que consagraba el Derecho público cristiano; para sujetar esos innumerables brazos que blanden por tantas partes el hacha de la destruccion y la tea del incendio. Nosotros seguiremos, no obstante, sin reposo y sin miedo las instrucciones de San Pablo á su discípulo Timoteo: predicaremos, rogaremos, reprenderemos; y contra esos Maestros en que tanto se complacen las revueltas muchedumbres cuyos oídos están ansiosos de novedades peligrosas y de inícuas promesas, *prurientes auribus*, nosotros hemos de enseñar que el principio de la verdadera ciencia es el temor de Dios, y el arte de gobernar, su Ley; que la verdadera libertad es el desenvolvimiento de la actividad humana en la esfera del bien; que la verdadera igualdad sólo se realiza ante el altar cristiano y ante la ley divina; que la fraternidad verdadera consiste en considerarnos todos como hermanos en Jesucristo, hijos amados de nuestro Padre celestial.

Ajítese en buen hora el error en torno nuestro y en nuestro daño; su naturaleza es agitarse y dañar: líguense las pasiones humanas para combatirnos sin tregua; ellas se alimentan del rencor y de la saña: arrebaténdonos la injusticia nuestros derechos y hasta nuestro sustento; ella se viste de la iniquidad, se mofa de los débiles y sanciona el despojo. Pero nosotros, Maestros de un Evangelio cuyo primer mandato es el amor; nosotros Ministros de una Iglesia cuya piedra angular es Jesucristo el Verbo Encarnado, Verdad Absoluta, Eterna Justicia, Infinita Misericordia, nosotros no haremos sino lo que hace la clemencia, lo que hace la verdad, lo que hace la justicia; perdonar, esperar, reparar!

Nosotros, Sacerdotes católicos, conocemos á fondo la doctrina de la Iglesia sobre la Providencia de Dios, y sabemos que si no siempre se cumplen sus fines especiales, relacionados con el libre albedrío de la criatura, sus fines generales de conservacion y de orden, en los que se revela la grandeza de sus Atributos, se llenan indefectiblemente: y los medios para este cumplimiento suelen estar como envueltos en arcanos adorables de poder y de amor, de fuerza y suavidad: *Attingit á fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter.* (1) La Providencia vela, hermanos míos, y ella vendrá visiblemente sobre nuestras sociedades en tiempo oportuno. Las densas nubes que se han levantado en nuestros horizontes; el ruido que hacen los falsos Apóstoles y los falsos Sabios; el torbellino de un progreso material que nos arrastra, no nos dejan ver bien claro todavía por qué caminos se acerca esa Providencia: —pero Dios, como decia Lacordaire (2), «llega siempre, aunque el polvo levantado á su tránsito nos oculte por largo tiempo su figura y su secreto.»

¡Mil veces felices nosotros si vemos lucir, siquiera sea en su aurora, el día de las victorias del Catolicismo y de la regeneracion de nuestras sociedades! Seria un arrebatador espectáculo ver á esa Iglesia tan calumniada devolver solícita á los pueblos su bienestar y su engrandecimiento. Seria conmovedor ver á ese Pontífice tan perseguido dar el abrazo de la paz y del perdón á los usurpadores que le oprimieron. Seria dulcísimo para nosotros pagar con palabras de caridad y de ternura las injurias de que nos colmaron y el desprecio con que entristecieron nuestro espíritu!

— Pero si desgraciadamente todos nuestros laudables

(1) Sapien. VIII. 1.

(2) Ultim. Conferenc.

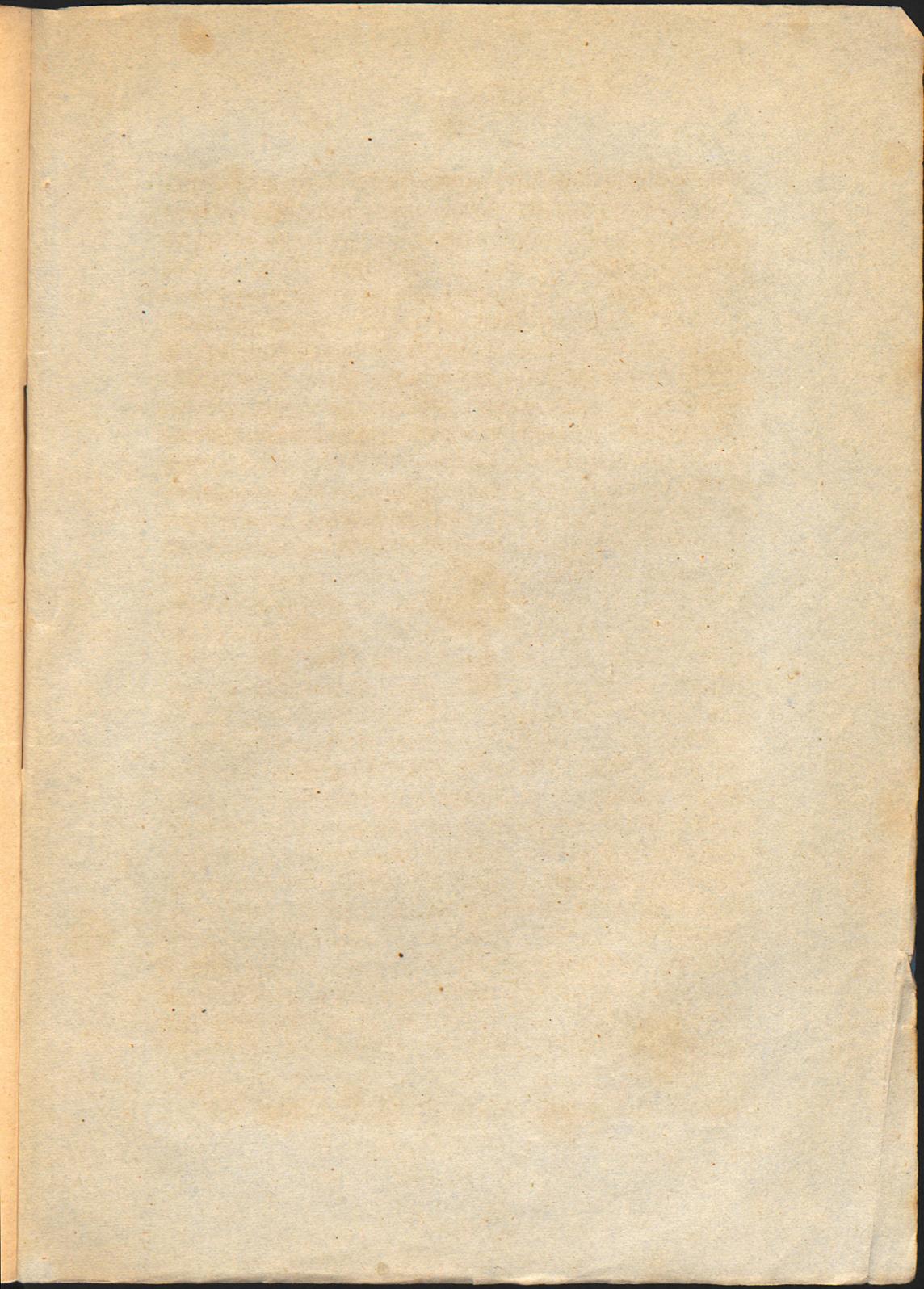
esfuerzos no obtienen una recompensa inmediata en el valle de dolor que vamos atravesando; si esa fuerza prodigiosa que dán siempre el saber y las virtudes sobre los pueblos moralizados no ejerce influencia bastante en una Nacion donde han soplado con tan fatal violencia los vientos de todas las malas doctrinas y de las más miserables pasiones, seamos todavía buenos, seamos sábios, seamos grandes para la posteridad; que el influjo de nuestro ejemplo puede traer otras generaciones Sacerdotales ménos infortunadas. Y entretanto, consolémonos con el pensamiento del deber cumplido, con la pureza de nuestra alma, con la paz de nuestra conciencia, con la libre aceptacion del sacrificio, aun cuando este sacrificio deba llegar hasta el ofrecimiento generoso de la sangre y de la vida; hasta el mérito sublime de los mártires del Evangelio, por el que tanto suspiró en su adolescencia y en su juventud el hombre singular que hoy recibe nuestros homenajes y nuestras adoraciones.

Resumiendo ya, Señores, las ideas enunciadas, diremos que en la vida de Antonio de Pádua, varon insigne que tanto contribuyó con su profundo saber y sus altas virtudes, al progreso de su siglo, abundan los elementos eficaces y salvadores que pueden conducir tambien á la sociedad contemporánea por el camino de un verdadero y sólido engrandecimiento. Una ciencia sóbria, purísima y fecunda; un vínculo tierno é indisoluble que una nuestro corazon con Dios, y despues de Dios y por Dios mismo con los demás hombres nuestros hermanos; una perseverancia santa para resistir á las tribulaciones y defender constantemente la verdad y la justicia, son resortes infalibles que perfeccionarian nuestro sér y levantarían el espíritu de nuestras degeneradas sociedades; y el secreto de esos seguros resortes está, mis ama-

dos hermanos, en el exámen de los hechos de ese hombre incomparable que, á semejanza del Apóstol, supo llevar á tantas partes la verdad, supo multiplicarse para el bien, supo hacerse todo para todos. *Omnia omnibus factus*. La vida de Antonio de Pádua enseña al Sábio á alumbrar su inteligencia con la luz radiante de la humildad cristiana, diciéndole que sin esa dulce virtud toda ciencia es peligrosa, toda grandeza se amengua y toda gloria se eclipsa. La vida de Antonio de Pádua inclina al poderoso á bañar el corazón con las olas mansísimas del amor Evangélico, haciéndole comprender que sin espíritu de caridad todo afecto es repulsivo, todo poder es estéril y toda fortuna odiosa. La vida de Antonio de Pádua infunde fortaleza de ánimo en los Maestros de la verdad y del bien, probándoles con evidencia que sin verdadero celo toda virtud se empaña, toda piedad se entibia, toda la grey vacila y queda espuesta á caer en manos mercenarias, perdiéndose para sus Pastores legítimos. *Omnia omnibus factus*.

¡Oh tú, Antonio de Pádua, varon ilustre que llenaste los ámbitos del Universo con la fama de tu santidad y con los tesoros de tus bondades! Permite que á esa gran corona de gloria que te va tejiendo el Orbe entero nosotros enlazemos algunas pobres hojas de nuestra devocion y nuestro amor. Si realizaste tus mas inolvidables prodigios bajo el cielo de la Italia; si recogiste tantos láuros á la sombra del Vaticano, ruega hoy por aquel anciano venerable que, poseido de una tristeza santa, llora allí la ingratitud de muchos de sus hijos; y haz que brille mas pronto para él el sol de la justicia. Venerado tambien tú con entusiasmo ardiente en la católica España, alienta en nuestro corazón la esperanza de que veremos lucir mejores dias para la religion de nuestros padres; y pide que cese entre nosotros esa lu-

cha de hermanos, cuya sangre se vertia en mas venturosas épocas por una misma causa y bajo una sola bandera: por ganar triunfos para la Cruz, ó por asegurar nuestro honor y nuestra independenciam. Ruega, en fin, por todo este pueblo que se goza en tus cultos y por la piadosa familia que mas especialmente los consagra. A los corazones felices, ofréceles con tu valimiento la estrecha lazada que sujete el ramo de flores de su dicha: en los espíritus que sufran, infunde una centella de esa resignacion bienhechora que recogias en las dulzuras de los amores divinos: y ojalá que todos podamos reunirnos algun dia cerca de tí en aquellas mansiones donde cesa todo dolor y toda alegría es perdurable, porque el alma goza ya de la vision de su Dios por los siglos de los siglos. AMEN.



cha de hermanos, cuya sangre se vertió en unas venturosas épocas por una misma causa y bajo una sola bandera, por ganar triunfos para la Cruz, ó por asegurar nuestra honor y nuestra independencia. Buena, en fin, por todo este pueblo que se coza en sus celos y por la piadosa familia que más especialmente los consagra. A los corazones felices, ofréceles con tu valimiento la corcheta lazada que sujete el ramo de flores de su dicha en los espíritus que safran. Infunde una centella de esa resignación bienhechora que recogas en las laberatas de los amores divinos; y ojalá que todos podamos reunirnos algún día cerca de ti en aquellas mansiones donde cesa todo dolor y toda alegría es perdurable, porque el alma goza ya de la visión de su Dios por los siglos de los siglos. AMEN.



